

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**¿Qué será?, antología de cuentos utilizando el método
de Horacio Quiroga**

TRABAJO RECEPCIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Melina Ortiz Millán

Director del Trabajo recepcional

Lic. Armando Alanís Canales

Ciudad de México, septiembre de 2021.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos

Dedico este trabajo principalmente a Dios, por haberme dado la vida y permitirme el haber llegado hasta este momento tan importante de mi formación profesional. Gracias, mamá porque no hubiera podido llegar tan lejos sin tu apoyo, sin tu amor, sin tu confianza en mí. Cada vez que estuve a punto de rendirme siempre, estuviste para convencerme de que lo que yo deseara lo podría lograr, que confiara en mí y llegaría a mi meta. Y así fue, gracias a tu apoyo incondicional. Eres mi mejor amiga, porque sé que pase lo que pase siempre estarás para apoyarme, para darme en un consejo gran parte de tu sabiduría, porque tu amor tiene el poder de curar cualquier herida de mi corazón.

A mi padre, gracias a ti he logrado cumplir gran parte de mis sueños (y los que me quedan, claro) porque tú me has enseñado a no rendirme, a no dar las cosas por perdidas a la primera de cambio. Tú me has enseñado a esforzarme para llegar a las metas, que me proponga. Gracias a ti he podido saber lo bien que sabe el triunfo que viene seguido del sacrificio. Le agradezco, todos sus esfuerzos, siempre le estaré muy agradecida.

A mi tío Marco Antonio a quien quiero como a un hermano más, por siempre compartir momentos significativos conmigo; siempre dispuesto a escucharme y ayudarme en cualquier momento. A mis hermanos, por sus palabras de aliento.

Y por supuesto a mi querida universidad, que fue mi segunda casa, a todos los profesores de la academia, en especial, los maestros: Ana Alonzo, Armando Alanís, Gabriela Valenzuela, Héctor Carreto, Mónica Lavín; por permitirme concluir con una etapa de mi vida, gracias por la paciencia, orientación y guiarme en el desarrollo de esta

investigación. Me han dejado enseñanzas que perduraran para siempre en mi vida y que marcarán mi futuro.

¡Gracias por todo!

Índice

Antología de cuentos

1. La noche jamás olvidada.....	6
2. Qué día.....	10
3. La venganza.....	13
4. ¿Qué fue lo que pasó?.....	17
5. La imagen.....	18
6. Lo que no se puede contar.....	20
7. La máscara.....	24
8. ¿Será?.....	31
9. ¿Qué misterio habrá?.....	35
10. Un caballo especial.....	44
11. ¿Luchando contra mí?.....	47
12. Perros: ¿compañía o pesadilla?.....	51

Poética

Introducción.....	59
Marco teórico.....	60
Marco referencial.....	64
Análisis.....	65
Conclusiones.....	95
Bibliografía.....	96

ANTOLOGIA DE CUENTOS:

¿QUÉ SERÁ?

La noche jamás olvidada

Todo empezó con una agobiadora semana de trabajo. Me alejé de la ciudad para descansar en mi casa de campo. Era de noche, y me encontraba sentada en el sillón examinando cada una de las luminosas ramas del árbol navideño que hacía días habíamos armado con Simona; ella siempre había sido mi compañera de juegos y nunca fue vista en mi familia como una sirvienta incluso, reemplazó a mi madre tras su misteriosa desaparición.

Seguía observando fascinada el árbol, ya que si se miraba con cuidado se podía ver como de sus imponentes ramas se desprendían multicolores destellos de luz, como si fueran rayos de sol que inundaban cada rincón de la habitación. Encendí las luces del living para poder leer un exótico libro que traía a mi mente gratos recuerdos de la infancia, pues había encontrado en sus líneas compañía para mis ratos libres; abstraída leía palabra por palabra, página por página. En esos momentos, no existía el mundo a mí alrededor.

Sin embargo, el idílico momento fue interrumpido por un extraño ruido proveniente del exterior de la casa. No le había dado demasiada importancia, ya que se acercaba una gran tormenta y el viento seguramente había podido tirar algo. Pasaron unos minutos y no me había podido concentrar nuevamente en el libro, el zumbido del viento siempre me había llamado la atención y esta vez no había sido la excepción, yo creo que se oye como almas en pena que aúllan por ser liberadas de su agonía.

En ese momento otro extraño ruido interrumpió el agudo silbido y en mi mente se comenzaron a tejer todo tipo de paranoicas sospechas. Todo hacía suponer que había alguien merodeando la casa.

Los típicos miedos infantiles a la oscuridad y a los monstruos se adueñaron de mí; sólo de pensar en un asesino acechando, la piel se me helaba, por suerte no estaba sola; inmediatamente llamé a mi mayordomo y a Simona y les dije:

—No pierdan un segundo, verifiquen que las ventanas y puertas estén completamente cerradas, escuché ruidos extraños fuera de la casa.

Ansiosa, no podía parar de moverme, estaba alterada, necesitaba tener alguna noticia; inesperadamente se había ido la luz y los rincones, antes iluminados por las luces navideñas, se ensombrecieron nuevamente. Tanteando en la espesa oscuridad, hallé varios candelabros con velas que tenía reservados para estas ocasiones, lo encendí, pero no servían de mucho pues la habitación era espaciosa.

El transcurrir del tiempo empezó a calmar mis nervios, finalmente pude sentarme en el sillón a la espera de noticias. Mis ojos se detuvieron en un punto fijo ubicado en el centro de la flameante llama de una vela; por un momento creía que todo era un sueño, me sentí transportada, fuera de mi cuerpo, como en éxtasis; me encontraba en una formidable e interrumpible paz interior, pero el azotar de una puerta me hizo reaccionar.

Provenía de una pequeña puerta del exterior de la casa que daba al sótano y que yo misma me había encargado de cerrar con llave. ¿Cómo era posible que el viento la abriera? Sin darme cuenta, me encontraba frente a la portezuela externa que se agitaba violentamente contra la pared. Me detuve unos segundos a observar desde el exterior el profundo y oscuro sótano, sólo los fuertes relámpagos lo iluminaban hasta el fondo, desde esa perspectiva, lucía como si se hubiesen abierto las puertas del infierno.

Las gotas de lluvia me recorrían todo el cuerpo empapándome cada vez más. El viento y los portazos me desconcertaban. Sin pensarlo, cerré con brusquedad la puerta y de pronto una fuerza inexplicable me obligó a bajar la vista, descubriendo bajo mis pies un charco de lodo y sangre; aterrada, corrí hacia mi casa, entré rápidamente y cerré la puerta principal con llave.

Mientras me secaba pensé: ¿Quién había abierto la portezuela del sótano? ¿De qué o quién era la sangre enlodada? Armándome de coraje, tomé el candelabro más grande y abrí lentamente la pequeña puerta interna que conducía hasta el sótano, comencé a bajar las escaleras, el crujir de cada peldaño aumentaba mi temor e incluso llegué a asustarme de mi propia sombra.

Llegué al sótano y rápidamente mis zapatos se mojaron, pues estaba toda húmeda por la lluvia: dirigí la luz hacia todos los rincones, pero no se veía más que libros y estantes viejos repletos de cosas. Todo era muy sombrío, pero mi agudizada vista descubría el menor movimiento, estaba en alerta.

Hacía mucho tiempo que no visitaba el sótano; al ver estos sucios objetos comencé a recordar tiempos lejanos de cuando este lugar estaba prohibido y mi imaginación de niña me llevaba a pensar en las más sorprendentes historias. De repente sentí a los extraños muy cerca de mí, ahora los pude distinguir mejor; parecían como pezuñas que golpeaban enérgicamente sobre el suelo y el de una cadena arrastrándose lentamente. El piso de madera comenzó a crujir cada vez más fuerte, y los inexplicables ruidos se aproximaban hacia a mí, pero no lograba ver nada.

Mi corazón comenzó a latir fuertemente, y las gotas de sudor recorrieron mi cara, casi estaba paralizada de terror. En ese instante comencé a recordar a todos los momentos más importantes en mi vida, desde mi comunión, mi casamiento, mi familia, Dios, súbitamente un grito de Simona me llamó desde arriba: — ¡Señora, señora! Venga rápido, apresúrese.

Sin esperar, subí corriendo las escaleras, pero un peldaño cedió y mi pierna quedó atrapada, eran totalmente en vano los esfuerzos que hacía por liberarme y mi desesperación aumentaba, pues los extraños ruidos se acercaban continuamente. En esos instantes de desesperación vi la silueta de Simona bajando hasta donde me encontraba y con todas sus fuerzas intentó liberarme. Pero, repentinamente, dejó de ayudarme; sorprendida miré su rostro, la sensación que sentí al ver su tez absolutamente pálida fue inexplicable. Parecía como si ella hubiese visto la cara de la muerte.

— ¡Qué es eso! — gritó Simona.

Logré liberar mi pierna y sin mirar hacia atrás, subí despavorida las escaleras junto a ella. Al llegar al living aseguré la puerta con una vara de hierro. En ese momento legaron mi mayordomo Jaime y mi cocinera Juana.

Él dijo: — Señora, escuchamos los gritos ¡¿Qué ocurrió?!

— ¡Hay algo en el sótano! Simona es la única que lo vio- dije sin aliento, comenzamos a mirarnos todos los rostros, un silencio largo invadió el ambiente: Simona no estaba con nosotros.

¡Qué día!

Al despertar sobre aquella cama en el hospital, lo primero que vino a mi mente fue el coche rojo apareciendo de súbito en la esquina, y mi moto chocando y estallando en llamas cerca de un poste de la luz; recordé las interminables volteretas en el aire y finalmente el doloroso choque contra el asfalto mojado; luego la oscuridad.

Me incorporé de la cama y miré hacia los pies, esperaba encontrar mi cuerpo cubierto de yeso, pero me sorprendió descubrir que ni siquiera tenía una férula en el brazo. Había salido milagrosamente ileso del accidente, y apenas si me dolía la cabeza, aunque me sentía más mareado que otra cosa; giré la vista hacia la ventana; pese a que las celosías estaban cerradas supuse que debía ser de noche, porque el hospital estaba en calma y no se escuchaba el bullicio habitual de un sanatorio durante las horas diurnas.

— Parece que fue un accidente con suerte — dijo una voz a mi derecha.

Miré en esa dirección, y vi a un anciano recostado en la cama vecina, que leía un libro.

— Le dije que sí, que probablemente así había sido, y luego le pregunté si sabía cómo llamar a las enfermeras.

—Tiene un timbre ahí al costado — dijo el viejo, con gestos sorprendidos

—. ¿Acaso le duele algo?

— No, pero tengo sed, mucha sed. ¿Hace mucho que estoy aquí?

— No tengo idea, amigo. A mí me trajeron esta mañana, y usted ya estaba en la sala.

Toqué el timbre varias veces, pero la enfermera nunca apareció; de verdad me moría de sed, así que me levanté, me metí al baño y tomé agua del grifo.

Cuando regresé, el viejo parecía dormido y su cuerpo flotaba, como un globo, a unos cuarenta centímetros de la cama; comenzó a convulsionar, y cuando abrió los ojos vi que los tenía tintes en sangre y su rostro hacía muecas de dolor o sufrimiento. Salí de la habitación y cerré la puerta detrás de mí, con el corazón enloquecido en mi pecho.

En ese momento, por el largo pasillo del pabellón, un paciente caminaba apoyado en un trípode. Tenía la bata abierta y había cosas que se movían en su espalda; volteó para mirarme, y su rostro era un cráneo sin ojos, corrí en dirección opuesta y me encontré con la sala de enfermeras al final del pasillo. No había nadie allí, aunque me llamó la atención que el lugar estuviese tan sucio y desordenado, como si no se usara durante años.

Algunos azulejos habían caído de las paredes y el mueble del escritorio estaba cubierto de polvo y de trozos de mampostería desprendidos del techo; ante mi desconcertada mirada, el lugar se fue haciendo más y más vetusto, las paredes se fueron cubriendo de moho, las luces del techo titilaron y luego se apagaron, más trozos de mampostería cayeron y algunos vidrios de los ventanales estallaron hacia adentro con un estridente chirrido. Seguí corriendo y me encontré con una escalera: la bajé a toda prisa mientras percibía que el hospital entero temblaba sobre sus cimientos, como si fuera a desplomarse de un momento a otro. Finalmente encontré la salida y me abalancé sobre ella.

Corrí unos metros en la noche y luego me detuve y miré hacia atrás, pero mi sorpresa fue completa, al descubrir que allí no había ningún hospital, sólo un terreno cubierto de pastizales tan altos como hombres.

Caminé unos pasos por la calle desierta, sin saber qué hacer, enseguida me encontré con el vigilante del barrio que, refugiado en su garita, trataba de encender un cigarrillo.

— Hombre, no sabe lo que acabo de ver — le dije con voz temblorosa. El vigilante no me prestó atención, por lo que seguí caminando. Dos cuadras más adelante me topé con un grupo de personas reunido en la calle, cuando me acerqué vi el coche rojo destrozado, y mi motocicleta hecha un amasijo de hierros retorcidos en la acera. Había un cuerpo inerte sobre una camilla, bañado por las luces intermitentes de la ambulancia. Me acerqué a tiempo para contemplar mi rostro ensangrentado y desfigurado, los ojos ya sin vida, antes de que uno de los paramédicos lo cubriera con una sábana.

La venganza

Una noche de luna llena dejé a mis padres en su apartamento, a las afueras de la Ciudad de México. Al regresar a mi hogar, pensé que ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que trabajé en mi taxi; la carretera estaba desierta y yo no llevaba ni un peso en mi bolsillo, entonces, después de pensarlo mucho decidí que lo mejor sería ponerme a hacer algo de utilidad y trabajar.

La noche era fría y tan oscura que ni con la luz del carro podía iluminar bien el camino, pero eso no importaba. Nunca me he considerado un hombre con miedos, y mucho menos me han sucedido cosas extrañas, siempre he creído que la gente es estúpida por creer en cuentos de fantasmas.

Al pasar por la entrada del panteón, una joven de aproximadamente veinte años de edad, con un vestido rosa ceñido a la cintura, un par de zapatillas, con piel muy pálida, cabello café claro, ojos asombrados y con un aparente dolor en el rostro, me hizo la parada. Como es lógico, detuve el coche, y la dejé subir en la parte trasera, me pidió de favor que la llevara al barrio de la Asunción, accedí y puse en marcha el taxi. Algo no estaba bien, mi ser me lo decía, pues hacía mucho frío, y mi cuerpo temblaba.

Estaba ansioso, pero aquella extraña mujer no parecía notarlo, realmente parecía sumergida en una terrible depresión; yo no acostumbro ser entrometido, y por lo tanto no me atreví a preguntarle si le ocurría algo, tal y como lo hubieran hecho algunos de mis camaradas, pero, a pesar de eso, no dejaba de mirarla por el retrovisor. Nunca en mi vida había visto a una mujer tan hermosa, con un cuerpo de diosa y labios de carmín.

No me considero un hombre apuesto, realmente nunca lo he sido y ahora menos que ya estoy llegando a los cincuenta, tengo canas y arrugas; aparte de ser chaparro y panzón. Al llegar al lugar destinado, me pidió que me estacionara cerca de un callejón, me detuve y, sin darme cuenta, sacó un arma y me apuntó con ella en la cabeza. Me pidió que saliera del auto, y que si no hacía lo que ella ordenaba me mataría.

Salí del auto con miedo, pensaba en las miles de formas de escaparme, pero la verdad no sabía qué hacer, me sudaban las manos, sólo podía sentir la pistola en mi cabeza, el miedo de que jalara el gatillo me invadía cada vez más, ya que tengo una esposa y un hijo, no me perdonaría dejarlos solos. A largo del camino no me había percatado que era una mujer muy fuerte y de una estatura muy alta, algo poco común en una mujer normal. Llegamos a una vieja casona, con ventanas rotas y un picaporte de madera. En el tiempo que llevo viviendo por ahí jamás había visto aquella casa tan extraña y fea. Me obligó a entrar por una ventana, luego me dio un fuerte golpe en la cabeza; lo único que logré escuchar después de aquello fue una risa estridente.

Cuando desperté, me encontraba amarrado en una silla, en medio de un gran círculo de sal y con veladoras en los bordes. De pronto aparece aquella mujer tan bella que me secuestró y me doy cuenta que se ha puesto una túnica negra y me mira con desprecio. De la parte delantera de su túnica saca un cuchillo e ingresa al círculo de sal en el que me tiene cautivo, corta mi playera blanca y mi pantalón, dejándome únicamente en calzoncillos. Se hace a un lado, y comienza a contar una historia que yo jamás hubiera deseado escuchar:

— Cuando aún era una niña vivía con mi madre, yo siempre fui una hija dulce y tierna, de profunda ingenuidad y criada con mano suave. Una tarde, cuando regresé de la escuela, me di cuenta de que mi madre aún no había regresado del

médico. No me preocupó puesto que sabía que estaba delicada de salud. Después de algunas horas cuando me disponía a irme a dormir, sonó el teléfono de mi casa. En aquella llamada me informaron que mi madre había muerto y que debía recoger su cuerpo; no me lo podía creer, pero sin pensar en nada, colgué, me vestí y salí a averiguar qué sucedía.

Tomé el primer taxi que encontré, le dije que me llevara al hospital, jamás me di cuenta de que el chofer del auto no tenía intenciones de llevarme al lugar que le pedí sino todo lo contrario. Al subir al auto, me encerró por fuera, y el muy maldito me llevó hasta aquel cementerio donde me encontraste, me golpeó y me violó.

A ese mal nacido no le duró mucho el gusto, porque cuando se volteó me eché a correr, y el desgraciado trató de alcanzarme, amenazándome con golpearme, encontré cerca de una tumba una botella de licor vacía, la rompí y tomé el pedazo más grande. Esperé a que me encontrara y, cuando intentó pegarme, saqué el pedazo de vidrio, le corté la mano, se cayó al piso mientras se retorció lanzando maldiciones hacia mí. El final fue lo mejor; le pegué en la cabeza con una piedra que estaba cerca y se desmayó. Entonces aproveché el momento para despojarlo de su ropa y córtale el pene por maldito violador.

Desde aquel día mi vida no ha sido la misma, cada aniversario de la muerte de mi madre, regreso al panteón y cobro venganza por lo que me hicieron, siempre paro un taxi, y lo hago venir hasta aquí, lo amenazo con una pistola y le corto el miembro. Y ahora bastardo ya que sabes mis razones, te toca sufrir a ti...

No podría creer lo que esa loca me decía, trataba de zafarme de las cuerdas que me ataban, pero no lo logré, a pesar de todos mis esfuerzos lo único que conseguí fue que aquella mujer se riera de mí. No entendía por qué a mí me había sucedido esto, y por qué yo tenía

que pagar por algo que no hice. Eso ya no importaba porque cuando quise darme cuenta esa joven con ojos tan dulces se acercó lo suficiente y me cortó el miembro. Nunca había sentido un dolor tan terrible y tan profundo, lo único que hubiera deseado en ese momento era morir.

Entonces aquella criatura maligna pronuncio estas palabras:

— Eres muy viejo para tanto dolor, además ya no soporto tus gritos. Me apuntó con su pistola y disparó, junto a mi taxi cerca de ese terreno baldío, cerca del pueblo de Mixquic.

Sentí caliente todo mi cuerpo, pero al fin el dolor había cesado, y mi última imagen fue aquella Navidad con mi esposa Sara y mi hijo Arturo.

¿Qué fue lo que pasó?

Tenía 14 años y mi hermana 12 cuando mis padres decidieron ocupar por un tiempo, una cabaña cerca de un bosque donde pasaba un hermoso lago, —como habíamos dejado a todos nuestros amigos atrás, pasamos el día, dando vueltas por el campo, fui así como encontramos una vieja cabaña, la cual decidimos convertir en nuestra guarida de secretos.

El hecho es que con el tiempo empezamos a escuchar ruidos extraños cuando entraba la noche, pero no le pusimos atención porque pensamos que era por lo viejo de la casa. Un día mi hermana discutió muy fuerte con mis padres, por lo que decidió salir.

Más tarde mis padres me dijeron que no encontraban a mi hermana y si sabía a dónde había ido. Yo les dije que sabía dónde estaba y que la traería de regreso.

Por más que busqué la cabaña nunca la encontré, pensé que me había perdido por la oscuridad de la noche, pero se hizo de día y jamás volvimos a encontrar esa cabaña y mi hermana desapareció misteriosamente, jamás la volvimos a ver.

Así que decidí viajar por el mundo hasta encontrar por fin a mi hermana, fui de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, hasta que una noche, escuché una historia que terminó mi búsqueda, se trataba de una hermosa muchacha que vivía en una vieja cabaña en un extraño bosque...

La imagen

Estaba un hombre sentado cerca del hogar de su casa, un lugar cálido y relajante, donde cada noche se acomodaba, en su sillón.

Su esposa había salido a trabajar, como era usual, de noche, mientras él se quedó un rato leyendo, frente al fuego. Cerca de las doce, algo le hizo salir de su lectura, pero no fue una orden enviada por su cerebro; fue más bien como algo instintivo, algo que le salió de la nada, la necesidad de ir hasta un cuadro que había en la habitación de huéspedes, un cuadro que nunca había visto, y que al verlo sintió como un escalofrío que le subió rápidamente por la espalda, despertándolo de una especie de trance en el que había entrado cuando abandonó su lectura.

Esa pintura no parecía una pintura, sino una foto, perfectamente detallada. Era una figura femenina, una niña, más específicamente, que no aparentaba tener más de 10 u 11 años. Estaba en posición fetal, en una esquina de una lúgubre habitación, gris, oscura. El cabello de la niña era de color castaño oscuro. Poseía un vestido, que no se adecuaba a la época actual, si no, que parecía de hace tiempo atrás, mucho tiempo atrás, una moda del siglo XIX, calculó.

El hombre no podía divisar los ojos de la niña, ni su cara, ya que en la postura que estaba no se lo permitía. La habitación estaba cada vez más oscura, y él allí, parado frente a esa pintura, que era alcanzada por una luz proveniente del mismo cuadro que apuntaba hacia la silueta de la niña, mientras que el resto del lugar sucumbía a una profunda oscuridad, y él aún seguía estando allí, mirando atontado a la extremadamente realista pintura, que parecía

una foto, y podría decirse que lo era una, si no fuera por el margen superior, en el cual faltaba pintura, y se podían notar los trazos del lápiz.

El hombre permanecía en postura vegetativa, no podía moverse, seguía mirando a la niña. De pronto parecía que la protagonista de la pintura se daba media vuelta, hasta que pudo ver sus ojos; lo invadió un miedo profundo.

Los ojos de esa pequeña parecían no existir, era como un abismo eterno hacia la nada, cosa que le hizo sentir otro escalofrío, pero esta vez por todo el cuerpo. Él, shockeado, se mantenía mirándola. Cualquiera podría haber corrido en ese instante del miedo, pero él no podía, su cuerpo permanecía firme frente al cuadro. Sentía que se deshacía todo, que quedaba él solo junto al cuadro con la escalofriante imagen en un mar de oscuridad, y todo se había vuelto negro, completamente negro, solo un reflejo que apuntaba a la cara de esa... esa... ¿cosa?, la verdad es que ya todo se había vuelto raro, no podía moverse, su cuerpo estaba congelado.

La imagen que llevaba por ojos dos abismos eternos, arrugó su rostro, y surgieron de su boca las palabras "ven, acércate". Su voz parecía endemoniada, una voz bien ronca, que daba más miedo a la situación.

El hombre comenzó a moverse de la nada, y se fue acercando al cuadro, hasta que lo atravesó, y comenzó a temblar violentamente todo su cuerpo, convulsionado; fue perdiendo noción de la realidad, poco a poco, poco a poco.

En menos de unos segundos su cuerpo se había separado de su ser, y lo que antes era un hombre, se convirtió en nada.

Lo que no se puede contar

Se dice que, si en tu casa escuchas ruidos extraños, o ruidos de cadenas o ves un espectro deambulando es porque cerca, muy cerca, hay un tesoro escondido. Esto le ocurrió a Ernesto. Él y su familia se establecieron en una localidad Paraguaya llamada Campo Nuevo.

Comenzaron a construir su casa y pronto empezaron a escuchar ruidos extraños, aullidos y voces misteriosas. En una ocasión una sombra empujó a Ernesto de su bicicleta unos metros, y en otra, un espectro sacudió fuertemente un naranjo hasta hacer caer casi todos los frutos. Una noche escucharon un fuerte golpe en la puerta de entrada, Ernesto se levantó de la cama para ver qué ocurría. Una sombra envuelta en niebla se paseaba por el frente de la casa.

El miedo se apoderó de la familia y pensaron seriamente en abandonar la finca, ya que no podían pegar un ojo en toda la noche. Se encerraban cuando llegaba la noche y no se animaban a salir hasta que amaneciera. Ernesto, que había escuchado la leyenda, pero nunca había creído en ella, comenzó a pensar que seguramente había un tesoro escondido en su propiedad. Ellos eran humildes y un hallazgo de esa naturaleza podría dar lugar a una oportunidad de progreso para toda la familia.

La casa había quedado sin terminar por falta de recursos. La cosecha de algodón no había sido buena y apenas les alcanzaba el dinero para pagar la comida. Su mujer, Azucena, lloraba, y sus hijos querían mudarse. No soportaban la idea de convivir con esas presencias misteriosas. Azucena,- tenía un gallinero con varias gallinas, tres perros y dos gatos. Una

noche en que los aullidos envolvieron la casa, escucharon cacarear a las gallinas, ladrar a los perros y maullar a los gatos con un vigor fuera de lo común.

Azucena, que estaba sola con sus hijos temiendo que algún espectro pudiera entrar a la casa, amontonó varios muebles contra la puerta. Al día siguiente tres gallinas, uno de los perros y los dos gatos habían desaparecido.

Los animales que se esfumaron eran todos blancos. Al fantasma, por lo visto, no le gustaban los animales de color blanco. Ernesto, que era muy valiente, al día siguiente compró una pala y comenzó a cavar. La finca era grande y avanzaba lentamente.

Entonces pidió ayuda a dos de sus primos y entre todos dieron vuelta el terreno con picos y palas. Los aullidos y las voces se agudizaban por las noches, su mujer quería marcharse con sus hijos, pero el entusiasmo y la valentía de Dionisio por descubrir las riquezas los calmaba por lo menos durante el día. Dionisio sabía también, por las historias que había escuchado hasta entonces, que solo una persona debería encontrar el tesoro. La leyenda decía que, si más de una persona veía el tesoro, éste desaparecería ante sus ojos. Cansados de cavar, estaban a punto de abandonar la búsqueda, - cuando se les ocurrió mirar hacia unos arbustos. Una luz resplandeciente, mezcla de bruma y sol, los envolvía.

Los arrancaron rápidamente. Aunque estaban cansados continuaron paleando con entusiasmo. Allí encontraron un envoltorio hecho con sábanas de hilo, ajadas y sucias. En su interior había una antigua ollita de hierro con tapa. Y dentro de la ollita un puñado de relucientes monedas españolas de oro.

Ernesto y sus dos primos contemplaron embelesados el hallazgo. No podían creer lo que estaban viendo. Al instante, la ollita, y todo su contenido se transformó en carbón,

esfumándose de su vista. Ernesto haciendo caso a la antigua leyenda, les dijo a sus primos que se marcharan para continuar cavando solo. Esa noche no pudieron dormir. Los fantasmas golpearon las puertas y ventanas, sacudiéndolas con una potencia increíble. Era una fuerza sobrenatural que hacía temblar toda la casa. Al día siguiente, Ernesto tomó la pala y cavó más profundamente en el mismo lugar con la esperanza de encontrar algo más. En el mismo lugar apareció otro envoltorio. Era un baúl de madera envuelto con varias capas de tela. Seguramente sábanas, pero estaban deterioradas por la humedad y el paso del tiempo.

El baúl estaba cerrado con un candado de hierro muy oxidado. Ernesto no tardó en quebrarlo con una tenaza. Al abrirlo se desplegó el fruto de tanto esfuerzo. El baúl contenía muchas alhajas. Había collares, diademas, aros y pulseras. Todos de oro antiguo. Muchos engarzados con piedras preciosas de maravillosos colores. Un tesoro de valor incalculable. En esta oportunidad estaba solo. Esperó un tiempo para asegurarse que no desaparecería. El tesoro continuó ante su vista sin desaparecer, tal cual narra la leyenda.

Comunicó la noticia a su familia y a sus primos que, alborozados, festejaron el hallazgo. Las sombras y los aullidos se retiraron de la casa. Volvieron a aparecer las gallinas, el perro y los dos gatos. Los fantasmas ya no tenían que custodiar su tesoro. No sabemos a dónde fueron a parar, seguramente se retiraron a descansar, después de tantos años de vagar en las sombras custodiando su fortuna. Hay infinidad de leyendas cuyo origen está centrado en la guerra del Paraguay. En ese entonces, ante el avance del ejército enemigo, familias enteras debían desplazarse dejando atrás sus propiedades y sus pertenencias. Como no podían llevar todo auestas, muchas familias optaban por enterrar sus tesoros en el campo para volver a recuperarlos cuando la guerra hubiera terminado.

Estos consistían mayormente en monedas de oro y alhajas con piedras preciosas de altísimo valor. Llevarlos consigo también era un gran riesgo, ya que estaban a la merced de rateros y ladrones. Muchos volvieron y desenterraron sus pertenencias, pero muchos otros murieron en la guerra y sus tesoros quedaron ocultos en el campo. Nuevas familias se establecieron y nadie sabía dónde estaban ocultos esos tesoros. Pero dicen, - que, si por la noche se escuchan alaridos, ruidos de cadenas o ves sombras escondidas, es que el alma de los antiguos moradores está custodiando sus tesoros y si buscas bien seguramente encontrarás un tesoro escondido.

La máscara

Aurora era una prima segunda o tercera de mi mamá, ya estaba en sus setenta, pero no se le notaba porque desbordaba energía. Siempre alegre, siempre jovial, era el alma de cualquier reunión.

Si bien vivía sola, porque no quería molestar, continuamente se preocupaba por hacer felices a todos los que la rodeaban. Ella era la que organizaba fiestas sorpresa para agasajar a sus familiares y amigos. Era la que siempre estaba cuando alguno estaba bajonado o triste. La que corría a cuidar al primero que se enfermara. Aurora era un comodín o una scout, siempre lista.

Jamás se quejó porque el dinero no le alcanzaba ni porque le dolía la uña o un dedo. Si alguien necesitaba algo, sabía que Aurora no le iba a fallar.

Pero un buen día, Aurora no apareció por casa a la hora de costumbre, un rato más tarde recibimos un llamado del Hospital. Aurora se había descompensado y estaba internada en estado delicado.

Estuvo varios días en terapia intensiva y luego la trasladaron a habitación común. Nos turnábamos para acompañarla en los horarios de visita y para darle de comer, aunque se negaba.

Una mañana, la encontré sentada, muerta de la risa, conversando con no se sabe quién, porque la verdad es que en la habitación no había nadie. Sentí que un frío helado recorría mi cuerpo. Ella mantenía la charla, se reía a carcajadas y yo me desesperaba por no saber qué hacer, ya que me ignoraba por completo.

De pronto las luces se apagaron y volvieron a encenderse. Atribuí el desperfecto a una falla eléctrica.

Aunque a mí me causaba una gran inquietud, las enfermeras entraban y salían de la habitación sin darle importancia.

Le pregunté al médico sobre el raro comportamiento de Aurora y contestó que probablemente sería el efecto de la medicación.

Así continuó día tras día, charlando animadamente con sus visitantes imaginarios, hasta que una mañana logré interrumpir la conversación.

Aurora me dijo: — Me están organizando una fiesta de disfraces.

— ¿Quiénes? le pregunté entre tímida y asustada

— Toda esta gente que vino a verme. ¡Son tan divertidos!

¡Toda esa gente!, ¿Qué gente? Si no fuera por esa sensación extraña de estar siendo observada por espíritus que me invadía, podía llegar a pensar que Aurora se había vuelto loca.

— ¿Y cuándo será la fiesta? te contesté, siguiendo la corriente.

— Espera que les pregunto.

¡Y les preguntó! Se sonrió mientras yo esperaba la respuesta. La situación me producía escalofríos. Eso de estar junto a una persona que conversa mirando fijamente a la pared no me causaba ninguna gracia. Más bien me producía temor.

— El sábado 24 a las seis de la tarde. Están todos invitados. Tú, Inés, ocúpate de la comida. Hace tarjetitas invitando a todos. No te olvides de Porota, a ella siempre le gustaron las fiestas de disfraz.

— No sé si nos van a dejar. Esto es un hospital.

— Dicen que no va a haber problema. Que las organizan todos los días. ¡Ah!, y que vengan todos con sombrero. Es el requisito para entrar.

Yo no entendía nada de nada. No sabía si estaba viviendo un sueño o una pesadilla. Pero, por si acaso, les avisé a todos los conocidos.

Al día siguiente, Aurora estaba más animada. La fiesta resultó un estímulo importante en su recuperación. No paraba de hablar, aunque tanto tiempo en el hospital la había hecho perder la noción del espacio. Pensaba que estaba en su propia casa y me pedía que le alcanzara tal o cual cosa que estaba en tal o cual lugar.

— ¿Y tú de que te vas a disfrazar? Le pregunté.

— ¡Ah! No lo he pensado. Buena pregunta....

— Decídete, porque me va a llevar tiempo conseguir los disfraces.

— ¿Qué te parece de hada? ¿Es muy común?

— No, está bien. Si te gusta de hada, serás un hada, —respondí.

— Trae un sombrero bien puntiagudo. Que le salga bastante tul de la punta y pégale estrellitas brillantes.

— Está bien — dije, —, Como tú quieras.

Estaba dispuesta a darle todos los gustos. Aurora se merecía eso y mucho más.

Cuando salí, en la puerta del hospital había un grupo de gente disfrazada. Éste parecía ser un hospital fuera de lo común. Tenía razón Aurora. Las autoridades no tenían ningún problema ante la organización n de este tipo de eventos. Pero cuando le comenté a la enfermera de turno acerca de la fiesta del sábado me miró sorprendida. Miró a Aurora, me miró a mí. Volvió a mirar a Aurora y dijo:

—Yo pensé que estaba mucho mejor. Y agregó: — ¿A qué hora?

—A la noche. Alrededor de las ocho.

Entonces, hizo una mueca con los labios.

— Justo es mi turno — dijo. Gracias por avisarme, así me preparo para lo peor. Luego se dio media vuelta y se fue.

— ¡Qué comentario tan raro!, ¡qué mala onda! ¡Seguro que no le gustan las fiestas!
Me dije.

Era obvio que estaba mejor, si no, no íbamos a organizar una fiesta.

Puse manos a la obra. Alquilé un disfraz de hada para Aurora. Personalmente armé el sombrero tal como ella lo quería. Luego, con unas telas viejas improvisé disfraces para toda la familia. No tuve tiempo para cocinar, así que encargué sándwiches y masitas en una confitería.

Nos encontramos todos los amigos, vecinos y familiares en la puerta del hospital. Cada uno debía traer la bebida que consumiría. Subimos tratando de guardar el mayor silencio posible. De pronto recordé que con el apuro de preparar todo y cargar el auto con la comida, me había olvidado el disfraz de Aurora en casa, colgado de una percha. Me invadió la desesperación. Ya era la hora. ¿Cómo podía haber olvidado lo más importante?

— ¡Un momento! —dije—. ¡Me olvidé del disfraz de Aurora!

Todos me miraron con cara de reproche.

¿Y ahora qué hacemos? — dijo mi mamá. — ¡Yo voy a buscarlo! gritó Tomás.

Pero ya habían abierto la puerta de la habitación. La cama estaba vacía y no había ninguna enfermera cerca para preguntarle qué sucedía.

Parecíamos todos locos. Disfrazados de pollo, de oso, de mendigo, de caperucita, de chapulín colorado, abarrotando los pasillos de un hospital.

De pronto, vimos que la enfermera de turno se acercaba rápidamente. Nos abalanzamos con preguntas. Queríamos saber dónde estaba Aurora.

— ¿Ya están listos para la fiesta? preguntó con su proverbial sequedad.

— ¡No! Olvidé el disfraz de Aurora. Pero ya mandé a alguien a buscarlo.

— La hora señalada ya pasó. Quemem el disfraz —respondió la enfermera sin cambiar la cara. Y agregó: — Aurora sufrió un paro cardíaco, pero va a estar bien. Ya van a ver.

El comentario de la enfermera me hizo pensar que ella sabía mucho más de lo que aparentaba. Y que lo que Aurora veía no era producto de la medicación. Que había algo real que nadie se atrevía a comentar.

Siguiendo el consejo de la enfermera, lo primero que hice al llegar a mi casa fue quemar el disfraz, algo que Aurora jamás me perdonó. Pero no me importó. Íntimamente sabía que mi olvido la había salvado de una muerte anunciada.

Al día siguiente, Aurora estaba en perfectas condiciones. Pero enojada. Muy enojada conmigo. Decía que le había arruinado la fiesta. Que todos sus amigos habían desaparecido por mi culpa. Que yo era una desconsiderada. Que ella jamás se hubiera olvidado de traer un disfraz.

En pocos días la dieron de alta y volvió fresca como una lechuga a su casa.

Sus amigos invisibles, que tanto la divertían, habían desaparecido por completo.

Tal vez estén organizando otra fiesta de disfraces en otra habitación del hospital.

¿Será?

De visita en aquella biblioteca de la calle Escudo Nacional, que alguna vez formaste, estuve revisando libros. Son muchos así que, con mucha calma, me tomó mi tiempo. Tu madre siempre me dice que puedo venir cuando guste, ella no entra en la biblioteca y es que dice que hay muchos recuerdos ahí dentro.

Yo vengo cada vez que recuerdo algún libro de aquellos interesantes que tanto te gustaban, y de inmediato se convierte en excusa para entrar y estar a solas por un buen rato. Uno de esos días abrí un libro, estaba algo empolvado, busqué una franela, lo limpié cuidadosamente hasta que quedó muy limpio y así el libro recuperó algo de vida. Me estabas observando de lejos cómo limpiaba aquel libro, parece que te llamó la atención la forma tan cuidadosa con que lo hacía. Entonces te acercaste a verme de cerca, y más cuando viste el interés con el que revisaba las páginas. Era uno de tus libros favoritos, uno de miles, algo sobre Flores, entonces te sentaste a revisarlo conmigo. Y en ti hay muchos recuerdos, son buenos porque hay mucha sonrisa en tu rostro, te ves muy bien cuando sonríes, ojalá y lo hicieras más seguido, serías más popular sin duda. Pero no me hacías compañía, simplemente te acompañabas a ti mismo con aquel libro.

Entonces, esperaste a que terminara de leer el libro para luego hacerlo tuyo completamente. Mientras caminaba hacia la puerta de la biblioteca, sentí un ruido, como un viento, como un soplo, eras tú, ahora lo sé, empiezas a trasladarte a cada página; cada letra, haciendo de algún modo un nuevo mundo ahí dentro. Te gustan las plantas, a tu modo claro está. Regresé al día siguiente y aún estabas dentro del libro, esperabas que te viera, pero no pude, lo siento, nunca pude estar en paralelo, no puedo terminar de verte, te siento y eso es suficiente. Te da gusto que haya regresado por el mismo libro, así que sigues conmigo en

cada página. Y así pasan tus días, entre libros y gente que comparte algo de tus gustos, algo de ti, algo que alguna vez fue y que ya no es más...

Aquel día fui a dormir pensándote, imaginando lo que sentí cuando abrí aquel libro, de repente sentiste ese hilo, y lo seguiste hacia mí. Llegamos juntos a un campo lleno de lavandas, era mi sueño lleno de tus flores favoritas. Eras un ave y yo una piedra, muy expectante de todo lo que pasaba, de todo lo que estaba a mi alrededor. Eras un hermoso colibrí que gustaba de la miel de aquellas flores. Poco a poco te llenaste y decidiste tomar un poco del sol sobre una piedra, y fue ahí que vi tu rostro y tú el mío. Parecía que estabas algo triste y yo parecía dormida, pero estaba más despierta que nunca. Empezó a correr el viento, tu cuerpo es frágil y parece perder el equilibrio, no puedo hacer nada para ayudar a que te quedes más tiempo junto a mí. Debes irte, sé que debes, así que adiós, qué pena tener que decirlo. Se acaba el día, y mi sueño en él, fue muy raro, día a día descubro que no era tristeza sino cansancio lo que vi en aquel rostro que llevaba cuerpo de ave y no era sueño lo mío sino abandono, abandono y cansancio, qué mala combinación....

Volví de mi sueño, con una breve miel en mis labios, recordaba el sueño, pero más recordaba tu rostro, se me hacía muy familiar. Decidí poner algo de música, eran las dos de la mañana y aunque tenía sueño, quise despertar y recordar nuevamente.

La música era un concierto de trompeta, luego de unos instantes abrí un poco la ventana de mi cuarto, y empecé a recordarte en aquel campo y lavandas. Y otra vez viste el hilo y nuevamente te trajo hacia mí; con la música entre tus oídos, llegaste y se te hizo familiar la casa, pues ya habías estado ahí antes, solo que nunca habías pensado en nada más que no fuera disfrutar de la música. Aunque alguna vez notaste que los cuadros de las paredes nunca fueron lo suficientemente atractivos a tu vista. De pronto puse el vaso en la mesa, y te

diste cuenta de que no estabas ahí por la música sino por mí. Abrí mi álbum de fotos, ¡vaya! era el mejor momento para recordarte, recordar que hace cinco años te había perdido, te habías ido de mi vida, y todo vino a mi cabeza, no pude evitar recordarlo, recordar ese dolor que aún late en mi corazón. Dijeron que fue un accidente y alguien por ahí dijo algo más tratando de hacer noticia de algo tan doloroso. Yo, que creí conocerte, no supe decir qué era, por qué te fuiste... por qué me dejaste, por qué nunca pude despedirme. Se llenan mis pensamientos del porqué de tu muerte.

De repente cae el álbum y se riegan algunas fotos, desprendidas, mojadas por las lágrimas, y manchadas de labial, limpiadas por una franela y ya gastadas. Tú sientes que algo dentro de ti late muy fuerte, late, late y te acercas a ver las fotos, y vuelves a ese instante cuando fueron tomadas, a ese momento que viviste, cuando eras supuestamente feliz. Recuerdas de pronto quién fuiste, no puede ser que no sientas nada, qué pasó contigo, no puede ser que no recuerdes el accidente, ¿no recuerdas cómo te fuiste? Y menos ¿por qué?...

Vas al baño, porque de pronto ya no oyes nada, el llanto cesó, pues ya era más de las 5 de la mañana, y pocas lágrimas me quedaban, estoy en el piso y recostada en la pared, en una esquina con todo lo que significó alguna vez haberte amado. Y lo que no sabes es que ahí estaré hasta las nueve cuando probablemente llegue la señora de la limpieza y me lleve a la cama, me dé algo caliente de beber. Luego pondrá música en la radio y con eso logra sacarme de ti. Pensé que ya lo había superado y ya me ves. Aún sigues más vivo que nunca en mí, vivo de tus recuerdos, vivo de lo que nunca terminó de existir, pues nunca fuimos lo que quise que fuéramos, nunca llegaste por mí, y yo nunca te esperé, solo hasta cuando te perdí, solo ahí, supe que te amaba.

Pero ya era tarde, muy tarde para decirte y hasta ahora me sigo muriendo contigo en ese accidente, porque nunca fui lo que quisiste, nunca te vi antes como amor, sino como pañuelo. Eras lo que pude haber amado, el único que pude llegar a amar, decías que yo era probablemente el amor de tu vida, que éramos almas gemelas y cada vez que conversábamos lograbas atraparme en tu telaraña, lograbas sacarme de mi rutina, hacías que todo el invierno se convirtiera en sol. Porque soñábamos juntos en un futuro lejano, lo vimos muy lejano y allá se quedó. Ahora solo sigo aquí, nunca terminaré de morirme, porque siempre pienso que algún día aparecerás y me dirás: “hola... siento no haberte contestado antes las llamadas, es que he estado algo ocupado... ya sabes lo que me absorbe el trabajo y últimamente las clases de Historia que estoy tomando en la universidad”.

¿Por qué, si estoy más muerta que tu recuerdo, aún sigo aquí? En una sombra, en un pedazo de vidrio sin reflejo.

Vaya, son más de las nueve de la mañana y no llega la señora, consiente de eso, no dejo de mirar el reloj. Tú a mi lado, prefieres seguir recordando, y a la vez te vas convenciendo de que todo eso no puede suceder, que no eras tú... nunca fuiste tú.

Al fin, ahí está Arturo...

Ahora, ya en mi cama con una pastilla encima, vuelvo a dormir. Pero ahora ya no puedo soñar, siempre estarás donde debes, al igual que yo, en paralelo.

¿Qué misterio habrá?

Las peores noches en la vida de alguien son aquellas llenas de pesadillas en las cuales por más que intentes despertar no puedes hacerlo. Se dice que en los sueños uno tiene el completo control y puede hacer lo que sea, pero en las pesadillas... en las pesadillas eres presa de los más ocultos de tus miedos o los peores momentos que puedas imaginar, estás indefenso... a merced de todas esas criaturas que aprovechando que estás distraído, entran en tu cuerpo para tomar control de él en un mundo en el cual tú no tienes voz ni voto.

Dicen mucho que las pesadillas son procesos del cerebro, pero muchas veces no es verdad, en este mundo existen más cosas de las que podemos ver o entender. Muchas de ellas están más cerca de lo que creemos, nos vigilan todo el día; a veces, si pones atención puedes escucharlos murmurar, hablan entre sí todo el tiempo, cuando cierras los ojos justo en ese instante en el que vas a caer dormido, “ellos” se revelan ante ti, puedes verlos, escucharlos, sentirlos y hasta hablar con ellos.

Uno cree que alucina o sueña, pero es solamente que estás en un estado en que eres más sensible y perceptivo, cuando la razón no entorpece tus sentidos y puedes ver más allá de lo lógico y creíble.

Seguro te ha pasado más de una vez que cuando intentas dormir de pronto sientes que caes por un vacío y tu cuerpo ¡salta! de la cama, no es otra cosa que ellos jalándote hasta su mundo para que los alimentes con tu miedo, te sujetan por los pies con sus manos frías, atan tus manos a sus cuerpos fétidos y descompuestos, callan tu voz vomitando sus babas en tu boca y por más que intentes gritar para que alguien te despierte no puedes lograrlo. Miles de manos desgarran tu ropa, te arrancan la piel para comerte a pedazos...

Cuando llegas al fondo te esperan otros tantos para dejarte en tu cabeza recuerdos que no saldrán de ahí jamás, puedes verlos. Si tienes suerte son solo sombras borrosas, si no observándolos con detalle te das cuenta que una vez fueron como tú, pero ahora sus rostros expresan sufrimiento, maldad, se les desfiguran tal como a muñecos de cera bajo los rayos del sol, se derriten sobre ti... exhalan su aliento frío y ensangrentado, empañándome los ojos.

Ten cuidado cuando vas a dormir, busca de dónde sujetarte bien, para que no puedan jalarte hasta allá...

Ésa era una idea que me inquietó, después de contar una historia de mi amiga. En cada aniversario de su nacimiento, algunas personas tendían a acompañarla con el correspondiente saludo con una trillada frase: “Un año más de vida”. Pero Alicia se detiene en la contradicción de aquella afirmación, que ni bien se la dicen se activa el motor de su incansable reflexión existencial: no es un año más de vida, es un año más cerca de mi propia muerte.

Rara era una palabra que ayudaría a una persona de pocas luces a describir el comportamiento y la conducta de Alicia. “Es rara”, y con eso se desprende de todo tipo de comprensión más calificativa de la personalidad de la joven. Se desliga de una responsabilidad mayor, de conocerla profundamente, y se aferra al prejuicio.

No era una personalidad que incomodaba, en absoluto. Era respetuosa, cordial, y tenía un sincero amor por los suyos, que son unos pocos. En especial por Francisco, su padre. Respetuosa, cordial, pero también distante; como si las personas que no le interesaban no llegaran a conocerla nunca, y una conversación con Alicia, perteneciendo al grupo de personas que a ella no le movían un pelo, podía tornarse en una situación plagada de silencios

incómodos que sólo se cortaban con banales conversaciones que no conducían a nada. Esta actitud cambiaba rotundamente cuando entablaba conversaciones con su papá. Se abría y exponía sus penas, contradicciones, dolores y alegrías sin pudor alguno.

¿Y el papá? Todo lo contrario. Francisco vivía por su hija, pero siempre mantenía un férreo e insistente hermetismo con respecto a temas ásperos como la muerte de su esposa, madre de Alicia. Hacía malabares para eludir ciertas preguntas o darle ensayadas respuestas que satisficieran a la insistente joven. Pero siempre le quedaba a ella algo por preguntar, y muchas veces se guardaba la incógnita.

El cumpleaños número veinte llegó para Alicia, y con él, una tranquila celebración en su hogar en la que participaban su padre y la dueña del local de mascotas en el que trabajaba.

— ¡Estás hermosa! —le dijo Romina, apenas entró por la puerta.

Alicia tomaba el sincero elogio sabiendo que quien lo decía era su mejor amiga. No era lo que la generalidad de la sociedad llama “hermosa”, no respondía al estándar preestablecido de joven bella, pechos turgentes y caderas sinuosas. Pero había algo en su ligeramente desgarbado caminar, en sus largas piernas delgadas cuyos pasos los daba con un aire despreocupado y su larga cabellera negra a ambos lados de su rostro longilíneo, que llamaba la atención de algunos.

— Feliz cumpleaños — extendió la mano y le entregó un pasaje a Córdoba.

— ¡Gracias! — se abrazaron.

— El hotel es un sueño, ya hice la reserva. Así que, ya sabes, llevemos protector...y protección.

Un pícaro guiño de Romina hizo reír a Alicia.

Francisco se acercó al dúo con los oídos amortiguados por la música de fondo, y una mueca bromista.

— Manténganse bien alejadas del Fernet.

— No le prometo nada —contestó Romina.

Entre cerveza y papas fritas, Alicia escuchó la pregunta que su amiga le hizo entre susurros: “¿Cómo estás? ¿Este año te pasó lo mismo que el anterior, cuando te llenaste de preguntas?”

— No tanto, mi papá me contestó todo lo que necesitaba saber... o lo que quería saber. Creo que les pasa a muchos adolescentes o jóvenes eso de sentirse sapos de otro pozo, como si no pertenecieras a ningún lugar, ni siquiera a tu propia familia. A ti te pasó también, Romi. Me acuerdo cuando hace unos años pegaste un portazo y te fuiste de tu casa, hasta que te encontraron.

Romina asintió con la cabeza.

— Sí, sí, es verdad. Pero lo que tu papá nunca te explica con claridad es la razón por la cual se apartaron de la familia de tu mamá cuando ella falleció. ¿Tan zorra será tu tía?

Alicia alzó los hombros.

— Ni idea. Según mi papá, se distanciaron por peleas que tuvieron que ver con plata... Mi tía quería quedarse con una propiedad que no le pertenecía, algo así. Cuando le menciono eso a mi tía Amanda, se pone en blanco.

La cerveza en abundancia, los snacks y la cargada torta de cumpleaños provocaron en Alicia un malestar y una somnolencia que le permitió dormir más de la cuenta. Eran las once de la mañana cuando el timbre la despertó. Agradeció que su padre estaba de vacaciones para que fuera el responsable de atender el llamado, así ella podía seguir enredándose un rato más en la sábana. No se movería de su casa aquel día, ignorando la obligación que le correspondía: la de ir a trabajar al local de mascotas. No pasaba nada, ella hablaría con la dueña y la dueña la perdonaría, como ocurría siempre.

— Ahí te abro, Julito —dijo su papá, atendiendo a su amigo de la infancia. Ingresó preguntando por la «cumpleañera» y disculpándose por no haber podido venir la noche anterior. La excusa que nadie pidió era que su madre había sufrido un pico de presión, por lo que viajó desde su hogar en San Telmo, hasta la vivienda de su familia, que queda en Flores, aclaraba siempre que Alicia se encontraba cerca.

— Fui a hacer unos trámites, estuve toda la mañana afuera. Ali no está, ella trabaja desde temprano en el local.

Reconoció la voz del padre. Ni siquiera se fijó si su habitación estaba vacía, pero asumió que Alicia no se encontraba. Con un bostezo, se sentó en la cama dispuesta a recibir el saludo de Julio, y quizás, algún regalo. Pero se detuvo repentinamente.

— Fue por eso que me enteré de lo que pasó en el barrio: Amanda acaba de fallecer.

El silencio de Francisco se acompañó de un suspiro. Julio continuó:

— Dicen que fue algo súbito. Los viejos que la siguen estaban armando un velorio. Te deja un poco más tranquilo saber que esa enferma está muerta, ¿no?

Francisco tomó aire y no respondió. Alicia estaba con la oreja pegada en la pared, pero a pesar del esfuerzo por agudizar su sentido del oído, algunas frases se le escapaban. En un momento escuchó un nombre, algo así como “Lina” o “Melina”. ¿De qué o de quién hablaba?

— Como quien no quiere la cosa, me metí en su departamento y rescaté algunas cosas que te pertenecen.

Francisco murmuró entre dientes:

— ¿Estás loco?

— Agarra este sobre, me dijeron que son fotos de Gloria. Casi que no tienes retratos de ella. Fue tu mujer, la madre de Ali. No puedes esconder lo que pasó.

Francisco volvió a hablar con los dientes apretados.

— No es por mí que la oculto, sino por Alicia. Mientras más vea, más revolverá en los recuerdos, y todo se va a ir al carajo.

Julio negó con la cabeza y le entregó un sobre cerrado.

— Haz lo que quieras con ellas, pero te pertenecen. Con esto quiero ayudarte a que te amigues con lo que pasó. La verdad siempre sale del lugar menos pensado.

— Acuérdate, Julio, nunca, nunca le digas a los allegados de Amanda en dónde estamos.

Julio posó una mano sobre el hombro de Francisco.

— Quédate tranquilo, hace veinte años que guardo ese secreto.

La cabeza de Alicia hervía mientras los amigos tomaron unas cervezas y se despidieron. Se escondió debajo de la cama cuando su padre pasó por el corredor para guardar las fotos en la habitación de él.

“Mi tía Amanda murió”, “fotos de mamá”, ¿Esconder lo que pasó? Mi papá lo oculta por mí... ¿qué es lo que oculta? Sus pensamientos rondaban por su cabeza mientras miraba fijamente las maderas de la cama. Escuchaba los nerviosos pasos de su padre hasta que, por fin, salió de casa. Advirtió que estuvo tres horas bajo la cama repasando la incomprendible conversación y la noticia reveladora que trajo Julio.

Sus pies descalzos avanzaron pesadamente, el corazón golpeaba en su pecho de emoción, pero también con un poco de miedo, sugestionada por la críptica charla de su padre y el amigo. Revolvió ansiosa, y bajo uno de los cajones del ropero, se hallaba el sobre. Se sentó en la cama del padre y lo abrió con manos temblorosas. La primera foto mostraba a su madre, sola, sonriente y con esa cálida mirada que la identificaba. Estudió cada detalle, cada rasgo y hasta el fondo, en el que apenas se veía un pastizal. Continuó revisando y ahora su madre se encontraba junto a Amanda, la hermana. La reconoció porque la había visto en una de las pocas fotos del casamiento que su papá conservaba. Estaban posando en un balcón de color blanco, a su lado, una puerta verde con algunas plantas en la ventana. En otra se las veía en el exterior de ese edificio.

Las siguientes imágenes eran las más curiosas. No estaban ellas dos, sino que las acompañaban personas mayores, con extraños atuendos, túnicas que parecían rimbombantes

disfraces, y hasta la presencia de antifaces y pasamontañas. La ropa de la tía Amanda y de su mamá destacaban por sobre las demás, eran túnicas de un rojo intenso, y estaban rodeadas por estas personas mayores, que bailaban a su alrededor. Siempre sonrientes, siempre alegres. Detrás de ellos se alzaba, como una pequeña torre, un edificio color crema de tres pisos.

Una de las fotos la vio de reojo y la apartó con disgusto, donde se veía a las mujeres mayores con sus colgantes y largos pechos desnudos.

— Esto es muy raro —dijo la rara, viendo que las respuestas y las certezas que había encontrado en las palabras de su padre se desvanecían y se debilitaban.

Francisco regresó a su casa, recibido por una docena de fotos desparramadas por el suelo, y una impetuosa mirada de su hija. Bajó la cabeza y recorrió las imágenes, mientras Alicia preguntaba: ¿Quiénes son esas personas? ¿Qué hace mamá ahí? ¿Qué es lo que me ocultas?

— Hija...

— ¡Quiero respuestas, no evasivas!

— ¡Nunca evadí nada! Todo te lo respondí. Quién era tu madre, su inmensamente triste muerte durante el parto, cómo nos conocimos, qué clase de mujer era tu recientemente fallecida tía Amanda...y qué clase de mujer era tu mamá. Ella era la mejor de todas.

— ¿Qué es lo que estás ocultando para protegerme? Porque no lo estás consiguiendo, estoy sintiendo una incógnita que me está ahogando, así que quiero que me cuentes todo. ¿Por qué nos escondemos de la hermana de mamá?

Francisco dio unos pasos nerviosos hacia ella, con una duda pegada a su rostro.

— Escuchaste a Julio, estabas oyendo la conversación —de sus labios escapó una incómoda tos seca. — Es un hombre exagerado. Pero nuestra separación de esa parte de la familia tiene que ver con lo que te dije cada vez que me preguntabas por tu tía. Son cerrados, pegados a sus propios dogmas irrenunciables. Tu mamá también era así. Ella soñaba con el retrato de una familia perfectamente constituida, con esposo e hijos, y lo consiguió. Tú fuiste lo que ella más quiso en su vida. Yo no creo en religiones, apenas creo en Dios, pero tenía la certeza de que tu mamá era el amor de mi vida. Creía en ella, y me aparté de mi juvenil pasado sin compromisos para casarme con ella y tenerte. Solamente que aquella vez, se hizo un ritual al día siguiente, por eso estuvo vestida así, hasta que una voz que jamás olvidaré dijo que yo tenía que matarla, o si no cuando tuviéramos una hija sería dada. Nosotros no quisimos creer, hasta que ella se embarazó y muchas pesadillas la despertaban, diciendo que tenía que llevarse el pacto. Tu madre dijo que ella jamás permitiría que tú fueras dada. Nunca más regresé a aquellos rituales, que parecía que eran solamente juegos.

Aunque ese día también acordamos el pacto de que la tenía que matar, ella lo sabía y prometió que, por medio de sueños, aunque para ti fueran pesadillas, haría saber dónde estaba y que te iba a proteger y que, si a mi lado tú estabas en peligro, ella vendría por ti.

Un caballo especial

Eran las vacaciones de verano que Pablo y Luis habían estado esperando, después de no verse por tres años, los primos habían planeado reunirse en el rancho de Luis. Tenían todo casi cronometrado para no perder ni un solo instante y disfrutarlo al máximo, en cuanto el chico llegó de la ciudad, salieron al campo y no volvieron hasta la hora de cenar. Fueron a dormir con muchas cosas que contar, pero el tiempo no fue suficiente ya que cayeron profundamente dormidos.

Alrededor de las tres de la madrugada, se sintió un frío muy intenso en la habitación, que no disminuía aun con la ventana cerrada, así que Pablo fue en busca de otra manta. Cuando regresaba por la escalera tuvo la sensación de que alguien lo seguía, se detuvo en seco, un escalofrío intenso le invadió el cuerpo, cuando vio cómo se hundían los escalones de madera, y crujían como si alguien subiera por ellos. De inmediato regresó a la habitación, y encontró algo que le dio más miedo aún. Su primo estaba suspendido en el aire, profundamente dormido, con las manos y las piernas colgando, como si alguien lo llevara en brazos.

Tuvo que tomar valor para correr hasta Luis pues estaba siendo llevado hasta la ventana, lo tomaba del pie con todas sus fuerzas, pero aquello que lo estaba transportando era mucho más fuerte, pues los hizo flotar a los dos. Cuando por fin sus tíos acudieron en su auxilio alertados por los gritos, evitaron que fueran arrojados por la ventana. Extrañados ante

el hecho, se llevaron a los dos pequeños hasta la habitación de los adultos y pasaron la noche en vela.

Al día siguiente Luis no sabía lo que había pasado, pues nunca estuvo consciente, pero los demás estaban bastante asustados. Su desayuno fue interrumpido por una ráfaga de viento que azotó la puerta y revolvió la mesa, mientras se escuchó un fuerte grito que dijo: — ¡Devuélvelo es mío! — el niño fue levantado de la mesa, estrellado contra una pared cercana, sus pies no tocaban el suelo y él luchaba contra algo que le presionaba el cuello, dejándole unas manchas rojas y cortando su respiración. El padre intentaba ayudarlo, aunque no podía ver a alguien, si sentía sus brazos, que tenían al niño apretado con fuerza. No sabían cómo quitárselo de encima, solo veían al pobre niño patalear. Entre tanto movimiento, un caballito de madera cayó de su bolso, de inmediato, el niño también terminó en el suelo. El fuerte viento que soplaba se convirtió en un remolino, que envolvió al juguete y salió por la puerta cerrándola con suavidad al pasar.

El incidente no dio más, y fue la abuela quien lo aclaró tiempo después, contándoles la historia de un joven, que fue su vecino hacía ya mucho tiempo, que después de un accidente cuando era pequeño, su mente no creció pero sí su cuerpo, alcanzaba casi los dos metros y era muy fuerte, pero lo único que hacía siempre era jugar con su caballito. Cuando murió lo enterraron con él, a orillas del río donde le gustaba tanto jugar, y Luis lo había hecho enfadar por quitarle su juguete favorito. Ante la insistencia de la abuela, los dos jóvenes con el miedo en el estómago, fueron hasta aquella tumba, a pedir disculpas.

No volvieron a tener aquella visita en casa, pero, en ocasiones, se puede ver parado en el sendero a un joven alto y corpulento, que viste un overol azul, que solo desaparece cuando ofrecen algún juguete en aquella tumba.

¿Luchando contra mí?

Me encontraba en mi casa, mi madre ya tenía dos días que se había ido de viaje con mi hermanito, como hijo mayor me tocó quedarme y estar pendiente de la casa, mi mamá es muy desconfiada de los vecinos; ella prefiere dejar a cargo de su hogar a alguien de la familia. Y, en este caso quién más que su propio hijo, pues de todas formas yo no quería ir con ella de viaje a visitar a mi abuela, preferí quedarme solitario en casa, ver tele y distraerme en la computadora, en fin, la casa sería solo mía por toda una semana.

Una mañana de esas normales, me levanté un poco desanimado, no quería hacer nada, sino estar acostado en mi cama y ver la tele; en ese momento estaban dando un programa muy divertido, pero no le estaba prestando mucha atención. De pronto escuché un ruido proveniente de la cocina, no se me hizo extraño ya que mis gatos se la pasan por todos lados, tirando y removiendo cualquier cosa que se asome en su camino, el ruido cesó, y yo continuaba con mi flojera, en esas me quedé medio dormido y escuché nuevamente el mismo ruido de hace rato, di un pequeño grito en señal de espantar lo que estuviera haciendo el ruido, y al parecer funcionó.

Ya eran las once de la mañana y decidí levantarme y comer algo. Observé toda la cocina mi cuerpo se movía por sí solo por la flojera que tenía. Sin querer le pisé la cola a mi gato, quien estaba acostado en mi camino, abrí la nevera y al ver que no había nada en ella solamente un bote de leche y una jarra de agua, me sorprendió lo que estaba viendo, abrí mis ojos lo más grande que pude. Mi expresión en el rostro cambio por completo, me sacudí el pelo con la mano, y pregunté, ¿qué había pasado con la comida?, ya que mi madre antes de irse había dejado un buen mercado para toda esta semana, revisé por todas partes, removía

las cosas, debajo de los mesones, pero no había rastro de nada, comencé analizar la situación, nadie había llegado a la casa, no había invitado a ningún amigo a que viniera. Yo tengo la única copia de la llave de la casa, así que no creí que hubiera sido algún familiar que llegó mientras dormía, pero también pensé que quizás haya sido mi madre que había llegado, pero su habitación estaba igual de como la había dejado antes de irse; revisando entre sus cosas me di cuenta que había dejado el teléfono, me quedé pensativo por un buen rato, todo me parecía sumamente extraño.

Gasté la pequeña cantidad de dinero que me quedaba de mis ahorros, apenas era miércoles, el poco de alimento que compré me duraría al menos por tres días más. En esta ocasión guardé toda la comida en mi cuarto, le pasé seguro a las puertas principales, coloqué objetos pesados detrás de ellas, y si era algún amigo que me estaba jugando una mala broma ya no lo volvería hacer, de seguro fue Carlos que a, descuido mío le sacó una copia a la llaves de mi casa, y como sabía que me quedaría solo, quiso jugarme esta mala broma.

Ya en la noche de ese día, me acosté temprano y pensé en ir a ver en la mañana a casa de Carlos e interrogarle por lo que me había pasado. La noche transcurría lenta y no lograba conciliar el sueño, acostado en mi cama miraba al techo, me movía de aquí para allá, me colocaba la cobija, me la quitaba, me sentía inquieto, me levanté y me senté a la orilla de la cama. El cuarto estaba completamente a oscuras, pero se podía visualizar todo lo que me rodeaba, los dedos de mis pies podían sentir lo frío que estaba el piso, yo lentamente movía mis dedos para calentarlos un poco y normalizar la temperatura de mis pies. Me quedé por un momento pensativo, recordando lo que me había pasado, preferí pensar en otra cosa, acostarme y dormir.

Ya lo que pasó, pasó, está en el pasado, no tendría por qué darle importancia, me acosté y caí en un sueño profundo; eran como las 2 de la madrugada, cuando sentí que la puerta se abrió lentamente. Al escuchar ese ruido me desperté. Abrí mis ojos y observé hacia la puerta de mi cuarto, estaba medio abierta, rápidamente me acordé de la comida, prendí las luces y revisé las cajas donde tenía guardado el alimento, todo estaba normal, en orden.

Quizás haya sido mi mente que me jugó una mala jugada; la preocupación, el estrés, pero no creo que el ruido de la puerta, haya sido producto de mi imaginación. Allí estaba la evidencia la puerta estaba medio abierta, sentía un poco de temor, de repente escuché a mis gatos maullar desde la sala. Un sonido aterrador que paralizó mi cuerpo por unos segundos, di un salto y cerré la puerta del cuarto, le pasé seguro y coloqué una mesa de noche de tras de ella, un escalofrío invadió todo mi cuerpo. Ya lo que estaba pasando no era normal, era algo sobrenatural, tenía miedo, en este momento deseaba que saliera el sol, que fuera de día, los gatos continuaban maullando, se escuchaban pasos en la sala, removían las cosas, las ollas sonaban, se sentía una tensión maligna en mi casa.

Comencé a clamar a Dios, pero no ocurría nada, me sentía inseguro, con ganas de gritar, que mis vecinos escucharan y llegaran auxiliarme. Pasaron varios minutos y poco a poco el ambiente volvía a la normalidad, los pasos y los ruidos ya no se escuchaban, me quedé tranquilo embojotado en mi cama de pies a cabeza; lentamente bajé la cobija de mi rostro observé a todos lados, aparecer todo había cesado, me levanté de la cama y me acerqué con cuidado a la puerta, retiré con sumo cuidado la mesa sin hacer ni el más mínimo ruido, quería saber si aún se encontraba lo que estuviese allá afuera, acerqué mi oído y no se oía rastro de que estuviese en casa aquella cosa.

Me tranquilicé por un momento, comencé a llorar, mis manos temblaban, me secaba las lágrimas con mi camisa, no sé cuánto tiempo pasó, pero me quedé sentado dándole la espalda a la puerta, mi mente había entrado en un estado de bloqueo, hasta que se hizo de mañana.

Lo noté por que el resplandor del sol penetraba la ventana, mi mente se aclaró y escuché que tocaban la puerta principal de la casa, me levanté y fui a ver quién era, retiré las mesas, y los objetos pesados que entorpecían el paso. Al abrir la puerta entró mi amigo Carlos. Me saludó y le conté lo ocurrido, al principio se quedó dudoso de lo que le había comentado, él se dirigió a mi cuarto y yo me quedé en la sala viendo si había algún rastro de lo que había pasado en la noche, entonces mi amigo Carlos me llamó desde mi cuarto, yo me dirigí donde estaba él, y me pregunta señalando el piso: - ¿qué es todo esto?

Yo me sorprendo al mirar toda la comida, cajas de cartón tiradas por doquier, Carlos me observa y yo no encontraba que decir, no entendía lo que había pasado, cerré mis ojos ,con mis manos jalaba mi pelo, quería una explicación, por un momento mi mente entró en un estado de recuerdos, fue allí que entendí todo; mi mente sí, me había echado una mala jugada, yo había sido el causante de todo esto, mis miedos , mis temores se habían revelado contra mí, y habían producido aquel ser, aquella cosa, aquellos ruidos, porque yo era aquel supuesto monstruo.

Perros: ¿compañía o pesadilla?

En esta vida he sufrido dos fobias: los hombres de uniforme y los perros. De pequeña, que yo recuerde, ya me pasaba. Mi padre trabajó una temporada de conserje. Hasta que no se cambiaba de ropa, no quería saber de él; no lo reconocía, pues el pánico me empapaba.

En cuanto a los perros solo aguantaba los cachorros, con recelo. Me hacían demasiado respeto. Los imaginaba cuando se hicieran grandes. El vecino del quinto tenía un pastor alemán. Una vez coincidimos en la escalera. Yo tendría ocho o nueve años. Lo recuerdo porque al poco tiempo hice la comunión. Él bajaba. Yo subía. Solo darse cuenta, el perro se me abalanzó. Por mucho que le pegara su amo, él continuaba ladrándome, babeándome encima, asustándome con sus ladridos. Me meé encima. No salí de casa en un mes.

Yo iba celebrando aniversario tras aniversario. Pero el terror que me provocaba la visión de cualquier perro o de un pobre guardia urbano ordenando el tráfico iba en aumento. Mis padres ya no sabían qué hacerme, qué decirme, qué no decirme. No había término medio. Me daban miedo, especialmente, los Dóberman — mi abuela tenía dos y los tuvo que sacrificar en el matadero — y los uniformes oscuros, sobrios y relucientes. A los diez años, fui al primer psicólogo; en vano, como todos.

Los primeros diagnósticos siempre apuntaban lo mismo: epilepsia; los segundos, tres cuartos de lo mismo, me estaba volviendo loca; si no lo estaba ya.

Después de tirar un buen fajo de dinero en cada visita, mis padres optaron por llevarme a un médico naturista. No confiaban en la medicina alternativa, pero ya no les quedaba otro remedio que probarlo. Lo intentaron, pobres, pero el resultado fue idéntico al que predicaban los discípulos de Freud: enciérrenla, se harán un favor, créanme.

Pero no, no me encerraron. Al contrario. Continuaron cuidándome, protegiéndome, alejando de mi entorno cualquier perro, cualquier conocido que trabajara con uniforme. Dóberman, ni uno. Colores oscuros, fuera, lejos. La salvaremos, se decían. En vano, sin embargo. No les puedo reprochar nada. Lo intentaron. Tenían fe. Yo también.

La época correspondiente a la adolescencia la pasé de aquella manera. No tuve ningún susto grave, pero en urgencias me tuvieron que atender varias veces porque se había cruzado en mi camino un pastor belga o un funcionario de correos.

No podía ir al cine; no soportaba al hombre de la linterna. Aún menos podía estar cerca de un soldado, de un enfermero, de un portero de hotel.

Crecí, pero todo continuaba casi igual. Todos pensábamos que el hecho de entrar en la facultad quizá... Pero no. Nada de nada.

Me ocupé con el estudio. En diez años, aprobé tres carreras. Por eso he sido la consejera de Gobernación. Aunque cuando tenía que participar en algún evento público, me tenía que colocar lejos de la policía. Sobre todo, cuando iban de gala. Me estremecían. Lo lamento muchísimo, pero me tiene totalmente maniatada. Mi compañero de Interior, un encanto todo hay que decirlo, ordenó que no quería ni un perro cerca de mí. Siempre llevaba escolta de paisano.

Estuve mucho tiempo sin sufrir ningún incidente de este tipo. Era feliz sin perros, sin uniformes a mi lado. Sabía que podía curarme. Y todo parecía indicarme que así estaba ocurriendo. Pero una tarde tuve que coger el metro.

No hace ni un mes que el presidente propuso montar una campaña para promocionar los transportes públicos en las escuelas. In situ, un miembro del gobierno viajaba con un grupo de primaria y les explicaba las ventajas del autobús, del ferrocarril, del metro. A mí, me tocó ir de Badalona hasta Zona Universitaria con dos clases de ESO. Hicimos transbordo en Paseo de Gracia. Aquel pasillo fue mi infierno.

Ya habíamos recorrido medio pasillo cuando distinguí, entre la multitud, a una pareja de guardias de seguridad —vestidos todo de negro— que llevaban, agarrados uno cada uno, un Rottweiler. Los perros me olieron, como siempre. Ellos siempre han sabido que me domina el miedo hacia ellos. No era odio, solo una fobia que todavía hoy no he entendido por qué la sufro. Empezaron a correr. Cuando ya los tenía a tocar, giré y hui, hasta que resbalé.

Una vez en el suelo, despeinada, con los papeles volando y el vestido manchado y arrugado, los dos Rottweiler me miraban, perversos, divertidos, animados. No paraban de ladrarme, a un palmo de mi cara. Me había vuelto a orinar encima, como hacía años que no me sucedía. No tardaron ni dos minutos en llegar los dos guardias. Todavía fue peor: un par de uniformes negros, impecables, austeros. Ellos gritaban y golpeaban a los perros para que retrocedieron. Pero no les obedecían. Unos ladraban. Los otros chillaban. Y yo en medio. Lloraba, gemía, suplicaba que todo acabara. Sufrí uno de mis ataques. Inconsciente. Impávida. Espasmos. Los ojos en blanco. Me tuvieron que ingresar.

Cuando salí, drogada perdida, ya no era la misma. Me habían obligado a dimitir. Motivos personales. El presidente hizo lo correcto. ¿Qué imagen podía dar el país con una consejera lunática?

Hasta que he ido a parar a esta bruja; vidente, curandera, tragaperras; llamadle como deseéis. Yo nunca he creído en estas cosas, en el más allá, en los espíritus, en la reencarnación. Pero no puedo continuar así. Esta mañana he comprado el periódico, como siempre. En primera plana, destacado, el presidente abrazado al nuevo consejero de Gobernación. Mi sucesor es un lameculos de medio pelo que hace cuatro días se examinaba, a toda prisa, del nivel C de lengua. Un inepto. Un tocho. Uno de los yernos del presidente. No. He decidido que recuperaré mi puesto de trabajo. Con dignidad, con la cara bien alta, por la puerta grande. Me lo he ganado con méritos suficientes. Volveré. Y el presidente lo deberá acatar.

Hace media hora larga que me espero. En la salita hay elefantes de cristal con la trompa levantada, pirámides alineadas, incienso ardiendo en el ambiente. Ante mí han pasado una madre con una hija, una pareja y una anciana. Todos han salido con una carcajada y la mirada hecha un chisporroteo. Un secretario —que parece, más bien, un descargador del muelle— me avisa que ya puedo entrar. 50 euros, por favor. Los pago. Buenas tardes.

— Buenas tardes. Escoge uno — me ordena, la bruja, señalándome tres montones de cartas. El de la izquierda —. Veamos cómo tenemos esto... —Silencio. Se lo piensa. Medita.

Hace una mueca. Duda. Reniega. Vuelve a barajar las cartas. No le ha gustado lo que ha salido—. Perdóname, vuelve a coger uno... — El de la izquierda. No pienso cambiar. Se rinde. Respira hondo. Se le ha desgajado la cara—. Hombres con uniforme y perros, ¿verdad?

— Sí, señora — le respondo, un poco aliviada. Alguien que me comprende, por fin.

— Te pasa de siempre. Desde que eras una niña con trenzas. Y cada día te afecta más... Ya lo veo. ¿Qué te han dicho los médicos?

— Nada.

— No tienen ni idea, no sufras. Veamos que tenemos por aquí... — Sigue formando parejas, tríos, figuras, a priori, inconexas. No entiendo ni jota. Se lo piensa—: Te han echado del trabajo. Ya lo veo. No me digas que eres la...

— La misma.

— No me he dado cuenta. Estás muy cambiada, ¿no?

— Me he adelgazado.

— Estás hecha una pena, hija. Tranquila, que esto lo arreglaremos ahora mismo.

No sabes por qué te pasa. Solo quieres saberlo. ¿Vamos bien?

— Correcto.

— Todo te viene de una vida anterior. No crees en la reencarnación. No sé si lo entenderás...

— Inténtenlo.

— Segunda Guerra Mundial. Eras una chica judía, rubia, preciosa, como ahora. Te raptaron, te violaron y, después, te abandonaron con una jauría de Dóberman. Te mataron a mordiscos.

— ¿Quién?

— Los perros.

— No, quiero decir quién me secuestró.

— La Gestapo. Llevaban un uniforme negro con...

Lo sé, perfectamente. Tengo que irme. No me encuentro demasiado bien. Gracias por todo.
No creo que vuelva, pero con estas cosas nunca se sabe.

Salgo de la consulta. Me cuesta respirar. Pararé este taxi. Me voy a casa. Tengo que pensar en todo ello.

Después de darle todas las vueltas posibles, solo veo una salida. Ya sé que no es culpa de nadie, pero mía seguro que no.

Esta tarde saldré. Iré a los bares de Lepanto. Cerca del cuartel. Me ligaré a un quinto. Para relajarme, y mañana me acercaré a la perrera, municipal. Adoptaré a uno cualquiera. Pequeño, para trabajar esa fobia. Es un comienzo. Pronto volveré al despacho...

Introducción

Para empezar, hay que saber por qué es interesante el crear un cuento, y es que un cuento es un fragmento de vida, un instante de tiempo en el devenir de alguien o algo; es apenas un brote de una semilla germinando, un ligero destello en el amanecer, un trocito de aire de un suspiro. Es un texto que no logró empezar y que también no logró acabar, una parte para gestar, un trozo de texto. Siento que necesitamos de los cuentos porque necesitamos recordar.

Nuestras memorias, no son sino pequeños relatos que danzan y se re-crean en nuestras cabezas. Todos hacemos, contamos y oímos cuentos. Desde nuestra más tierna infancia, hasta nuestra más añeja vejez lo hacemos. Cuando las pequeñas "mentirijillas" que contábamos para hacer creíble a nuestra madre la desaparición del postre prohibido, hasta lo que inventamos a nuestros nietos pequeños para hacerles creer que: "todo pasado fue mejor, ya que ahora... ¡ya no hay respeto!"

Por eso es necesario contar cuentos, para inventarnos a nosotros mismos y para recrearnos en nuestro yo interno, también los cuentos tienen mensajes, la importancia de escribirlos es que te ayudan a reflexionar y a comparar acontecimientos de la vida de manera animada. Además, compartirlos es importante porque así puedes enseñarles lecciones a los demás.

Cabe mencionar que me inspiré mucho en Horacio Quiroga en sus cuentos, porque iban muy de la mano, con la temática que se puede ver en mi antología. Su obsesión por las muertes trágicas, con agonía, el horror, la presencia de mucha sangre y la crueldad. Son algunas de esos temas. A medida que el escritor se va perfeccionando logra con gran maestría. Por ejemplo, en el cuento "Para una Noche de Insomnio" presenta el tema de la muerte en

un más sentido grotesco, mientras en sus relatos “El Hijo” y “El Hombre Muerto”, apenas sugiere el horror de la muerte.

Así mismo, también está presente el tema de la problemática social, eso sí, él no plantea la problemática social como un tema específico, tampoco como denuncia social, sino como el drama natural de la lucha del hombre con el medio y la sociedad en que vive.

Y sin dejar delado esa atmósfera que estará siempre la naturaleza, esa característica que estará presente por los lugares donde suceden este tipo de cuentos y tener esa incertidumbre de, por así decirlo, jugar con la mente, para saber si las cosas que están pasando son verdaderas o de la imaginación.

En esta antología veremos en los cuentos desde un día cotidiano, tratándose de textos que transmiten con una fuerza extraordinaria la sensación de verosimilitud y en los que, sin embargo, sucede lo inesperado. Se trata, en fin, de la ausencia de nexo, desde la lógica causal entre las circunstancias de la historia y las acciones de los protagonistas.

Marco referencial

Horacio Quiroga es un cuentista latinoamericano, nacido en Salto, Uruguay, en 1878. Admirador de Poe, Darío y Maupassant, logró mediante su ingenio y talento conjugar en sus relatos los conflictos humanos con la naturaleza todopoderosa, el peligro y el final inesperado. Así atrajo a muchos lectores y obtuvo un lugar importante dentro de la literatura latinoamericana. En una gran parte de su narrativa, explora ampliamente y desde diferentes perspectivas el tema de la muerte. Críticos como Jaime Alazraki y Salvador Arias, han sugerido que la aparición de este tema en sus relatos es apenas una consecuencia lógica de los recurrentes infortunios que el escritor tuvo que soportar a lo largo de su vida.

No obstante, otros críticos como Noé Jitrik o Emir Rodríguez Monegal afirman que el tema de la muerte, en Quiroga, responde a sus influencias literarias, como el romanticismo y a los intereses culturales de su época, tales como el decadentismo y el modernismo, sin que nieguen, que su vida estuvo marcada por el sino trágico de la muerte. Aunque cabe aclarar que en trabajo los cuentos que se analizarán, estará reflejado el tema de la muerte, la tragedia, la angustia, y el horror.

También cabe mencionar que los últimos críticos referidos hacen un recorrido por la amplia obra de Quiroga y evidencian que, en sus primeros escritos, como en *Para noche de insomnio* (1899) aparecen ya temas que irán configurando el papel que la muerte va a desempeñar en su narrativa posterior. Así, en este texto inspirado por Poe, Quiroga pone de manifiesto el horror ante la muerte, lo macabro y la angustia frente a la sangre derramada; de manera que para 1901, cuando publica *Los arrecifes de coral*, Horacio Quiroga ha explorado temas que se encuentran relacionados aún más con la muerte como la locura, la necrofilia y en general la contaminación del amor con la muerte (Rodríguez 72).

Quiroga, al parecer, le tiene cierto temor a la muerte durante toda su vida; es un suceso que vivió de forma cercana, pues presencia la muerte de su padre biológico cuando aún era un infante, el suicidio de su padrastro (Quiroga es quien lo encuentra), la muerte de sus hermanas por fiebre tifoidea, la muerte accidental de su mejor amigo por sus propias manos y, finalmente, la de su primera esposa, quien se suicida y agoniza durante días a su lado.

La intimidad que produce el acontecimiento de la muerte, le ha permitido escribir y, sobre todo, desplegar el tema, explorando las múltiples condiciones en que ella se hace presente, incluso la forma en que irrumpe la muerte ajena, que es apreciada por el lector, quien percibe el encuentro fatal dentro del marco de los más bellos paisajes de su amada villa, llamada Misiones.

Por otro lado, esta antología de cuentos reflejan estos temas, que él maneja muy bien en sus cuentos, y tienen relación con acontecimientos actuales. A algunos cuentos de Quiroga, que se tomaron como base de los cuentos de esta antología, están en el libro: *Cuentos de amor de locura y de muerte* publicado en 1917, y son: “El almohadón de plumas”, “La gallina degollada” y “A la deriva”, así como otros cuentos que pueden ser utilizados para dar ejemplo de lo que se está exponiendo. Así mismo se analizarán conceptos que estarán presentes en la narrativa, del escritor uruguayo.

Para llevar a cabo este estudio es necesario precisar algunas ideas, que se harán recurrentes a lo largo de esta investigación y que permitirán comprender con mayor exactitud las relaciones que existen, entre la narrativa quiroguana y los cuentos de la antología.

Puedo comentar que el cuento suele ser un relato, caracterizado por ofrecer una historia y un tema en particular, que no va entrelazado con otro igual. La escritura, por tanto, se realiza de manera “terminal”, existiendo un comienzo y un final bastante próximos dadas las características del cuento, que resumió muy bien, Quiroga, en la siguiente frase: “Un cuento es una novela depurada de ripios”.

La transitividad en los cuentos de Quiroga es uno de los aspectos relevantes dentro de su narrativa, pues el autor utiliza en innumerables oportunidades a los mismos personajes y las mismas historias. No lo hace de manera directa sino entregándole al lector, pequeñas pistas para que él sea capaz por sus propios medios de notar estas similitudes y entrelazamientos. Del mismo modo, analiza de qué manera el propio ambiente también se encuentra cargado de este principio de transitividad, recordando a Misiones como escenario invariable con elementos específicos que destacan en este retorno de localizaciones: los cercos de alambre de púas, el río Paraná y el bar de San Ignacio. Los elementos antes mencionados son los que confieren a Misiones el carácter de macrofigura y la tornan otro aspecto relevante en la narrativa de Quiroga.

Quiroga utiliza dualidades en la descripción que realiza del paisaje, como en la que efectúa en el instante mortal. El claro/oscuro, lo bueno y lo malo del entorno, nunca puede resolverse, cada una de las acciones que realizan los personajes están ligadas a esta dualidad. Dentro de este mismo contexto, surge la necesidad de perderle el miedo a la muerte.

Cada ser humano busca, mediante su propio cuestionamiento, la forma de lograr que la muerte deje de ser un tabú, pero, al menos en el caso de Quiroga, es, en un primer momento, mediante la escritura literaria la forma de lograrlo, para que posteriormente sea la intromisión en la naturaleza salvaje. Quiroga, tras la muerte de Ferrando, su mejor amigo, busca la forma

de huir internándose en la selva de San Ignacio, y, por medio de sus cuentos creados en dicho territorio, trata de lograr la soberanía sobre el miedo a morir que lo ha acompañado.

El miedo a la muerte no puede superarse tratando de describir el proceso, pues es algo que no se puede experimentar, sino mediante la descripción del escenario mortal, de aquel sitio y momento precisos en que se produce el cese de la vida del otro y que el escritor visualiza como un espectador.

Marco Teórico

En el presente trabajo se analizará el método que usa el autor Horacio Quiroga en sus cuentos, y cómo se relaciona con los cuentos que conforman la antología titulada: *¿Qué será?*, por la vastedad de su obra, preferí enfocar el análisis, en la antología de cuentos titulada: “*Cuentos de amor, locura y muerte*”. El libro fue escrito en 1917, y está compuesta por un grupo de relatos de diferentes temas, en donde el denominador común es el tema de la muerte.

En primera instancia, este libro es una muestra de su vida atormentada, pues sus cuentos están llenos de misterio en situaciones de la vida cotidiana, lo que hace que los mismos sean impactantes. La forma en que une la locura y el amor es constante, y esta unión lleva a la muerte. Al terminar de leer cada cuento, se siente tensión, la cual solo termina cuando se llega al final de la lectura.

Por otro lado, la obra en general trata sobre la muerte, aunque también toca otros puntos tales como la humanización de los animales, a los cuales les da un aspecto racional que llegan a darle una dirección moralista a las historias, pues las mismas siempre terminan con la fuerza bruta de los hombres. También trata de la deshumanización, de los seres humanos, que seden ante los instintos más primitivos.

Otro punto que se puede observar, es cuando los seres humanos siguen sus impulsos comienzan a salir los problemas y las historias de los cuentos. Un ejemplo de ello es con el relato de “El Almohadón de Plumas”. En el cual, pude hacer un análisis, donde Alicia se enfrenta a una relación toxica, pues los seres humanos. A lo largo de nuestra vida podemos enfrentar o ver una situación así, donde primero todo es color de rosa, pero poco a poco, como cuando ella describe, que había un animal debajo de su almohadón, que lentamente la

iba consumiendo, haciendo que estuviera más débil. Hasta que ella murió, pero al final del cuento, donde la sirvienta, observa que hay algunas manchas de sangre, aquí otra explicación es de Jordan, su esposo era un vampiro, en cierta parte, es algo metafórico. Haciendo énfasis en que las relaciones tóxicas, pueden tener un desenlace, que es la muerte. Por otra parte, cuando leemos sus cuentos, podemos observar que sus narraciones tienen tramas extraordinarias y lo más importante, sus cuentos son difíciles de olvidar.

Ahora daré un ejemplo de la antología, *¿Qué será?*, en el cuento titulado “La noche jamás olvidada, donde la protagonista se va unos días, a descansar un rato, pues la de incertidumbre, de saber el por qué decidió irse sola a un lugar tan apartado; así como los acontecimientos, que van surgiendo. Pues aquí en un día, resulta ser que en un momento de tranquilidad, es interrumpido. Primero por ruidos extraños, haciendo que la protagonista, empiece a pensar que hay una cosa sobre natural, donde son testigos. La que la crio como una madre, cuando su verdadera madre, desapareció y nunca supo, cómo, Su cocinera y mayordomo. Todos quedan abrumados, de saber, qué es lo que estaba pasando. Al final, Simona, la que fue como su madre muere. Aquí la intención de dicho cuento, es sobre las desapariciones, que en todos lados, existe de mujeres asesinadas, algunas veces sin saber, su paradero; así como tener la duda, de quién es el asesino.

Por otro lado, estará presente también el tema del suspenso, a continuación, daré pequeñas definiciones que puedo decir, de acuerdo a lo que se ha leído, de lo que se estará abordando en esta antología.

En primer lugar, el suspenso es, en general un estado psicológico de incertidumbre, duda o ansiedad que genera tensión. Es el resultado de los procedimientos por el que se suscita el lector o el personaje se formule preguntas que sólo se responderán después. Así pues, es clave que, si se va a desarrollar suspenso, se busque la forma de recordar la pregunta varias veces de modo que el lector no olvide aquel evento que aún no se ha resuelto. En este sentido, en los cuentos de mi antología, podrá observarse esa tensión que estará provocando, al lector que tenga que seguir con el cuento, inquietudes con respecto a las preguntas, que se irán presentando.

Por otro lado, el terror, es otro aspecto que incide en la atmósfera, narrativa de mi antología. La literatura de terror; se basa más en el tipo de reacciones que genera en el lector (ansiedad, miedo, horror, incertidumbre, tensión) en la estética (generalmente el uso descriptivo de espacios claustrofóbicos, desoladores u ominosos) y en los personajes arquetípicos que se evocan (monstruos, asesinos, psicópatas, fantasmas, demonios, presencias, niños siniestros, etc.).

Existen dos tipos de géneros de terror:

Terror fantástico: Aquel que nos provocan elementos totalmente irracionales, que entran en el territorio de lo sobrenatural. Esta categoría necesita la aceptación tácita del lector de unas “nuevas leyes naturales” en las que vampiros, hombres-lobo, muertos vivientes, demonios, y poderes sobrenaturales, habitan y operan en el mismo mundo.

Terror psicológico: El lector no sabe/puede distinguir entre lo real y lo irracional. El libro está escrito de tal manera que no queda claro si todo lo sobrenatural que pasa en la

historia está en la mente de los personajes o es real. En muchos casos esto nunca llega a aclararse, incrementando en el lector ese sentimiento de incertidumbre y ansiedad.

Otros temas, recurrente en mis cuentos, la naturaleza. Pude observar en el cuento de “A la deriva”, donde la impotencia hasta el punto de delirio de Paulino, el protagonista de la historia, ante la naturaleza es lo que nos atrapó a muchos, aparte de la muerte, por supuesto.

El cuento, trata sobre un hombre, Paulino, el protagonista, pisa una serpiente venenosa que le da una mordedura en el pie. A causa de este incidente, Paulino inicia una serie de acciones que termina en un viaje por el río Paraná hacia un pueblo vecino donde espera que le salven la vida. Sin embargo, todos los esfuerzos del protagonista resultan inútiles y Paulino muere en su canoa flotando río abajo. Todo esto sucede en el medio de un monte, donde no hay casas y predominan la vegetación con su fauna.

El cuento tiene una originalidad y solidez en el argumento. Los personajes son pocos y la historia breve, esto es muy importante ya que hace que sea atrapante y no algo aburrido donde la gente deja de leer porque no le encuentra sentido, todo lo contrario. Es recomendable para todas las edades por el motivo de que no es difícil de entender la historia. Este es un cuento realista donde la gente se siente en el personaje y de alguna manera trata de sentir sus sentimientos y sus pensamientos a medida que va transcurriendo la historia, aunque lo que nos puede llamar la atención, es en la forma en que empieza el relato. En otras palabras, el autor empieza contando el conflicto, donde no sabemos nada todavía del protagonista ni de donde se encuentra. Más tarde, a medida que vamos leyendo y que el protagonista trata de resolver su problema, nos vamos dando cuenta de cualidades del lugar y de Paulino. Esta es

una manera muy buena para que el lector a medida que lee se va enganchando porque quiere ir sabiendo más y conocer el esperadísimo final. La frase "a la deriva" se aplica a una embarcación que va sin dirección, a merced de las corrientes y las olas, tal como la canoa de Paulino al fin del cuento. El título señala la impotencia del ser humano frente al poder inconsciente de la naturaleza.

Este cuento, me ayudó para el cuento de mi antología, titulado: "La imagen", donde el protagonista, se encuentra sentado en su sillón, muy cómodamente. Parece que nada pasará, cuando de repente su atención es interrumpida, para poder observar una pintura, que había causado en él cierta extrañeza, pues en el cuadro, era una niña, aproximadamente de 10 u 11 años, que estaba en posición fetal y eso no le permitía ver con claridad su rostro. Pero después de un rato, que se quedó observando, él notaba a su alrededor una obscuridad, donde el único espacio de poca luz, era aquel cuadro. Donde después, de que lo que acompañaba al cuadro se desvaneció y solo estaba ella, invadiéndolo de un miedo, profundo, sin poder moverse, ni hablar, solo sintiendo que en menos de unos segundos su cuerpo se había separado de su ser, y lo que antes era un hombre, se convirtió en nada.

Es por eso, que me ha interesado entrar a los cuentos de Quiroga un gran maestro, en sus cuentos. Mi objetivo, fue que en los cuentos, cada cosa tiene un por qué, siendo de tema los problemas de la vida diaria. Porque la narrativa, que transmite Quiroga, instala un mundo de ficción donde todo se construye más allá de los datos externos, con esa suma de elementos fantásticos que permiten estructurar un mundo imaginario organizado, donde cada cosa juega por sí y en el todo. Quiroga enfoca los hechos y personajes del mundo agreste desde una perspectiva estética particular. Desde ella estructura un esquema de relaciones, una lógica

propia. Personajes anónimos, tipificados en la identidad de sus itinerarios vitales, determinados por una geografía peculiar, espacio cerrado e inmodificable.

Capítulo 1: Conceptos que se ven presentes en la obra de Quiroga.

Comprendemos **la muerte** como el punto cúlmine de la existencia, instante en que todo lo que ocurre antes y luego no tiene relevancia, sino únicamente el momento en el que la existencia cesa en soledad. Me centraré principalmente en el instante mortal, definido por Jankélévitch en su libro *La Muerte* (2002) como un momento imperceptible en el hombre, donde no hay un antes ni un después, sólo soledad; es un momento que se experimenta solo y es la máxima experiencia que podemos alcanzar. El instante mortal se demora y se eterniza, y alcanza, en los relatos de Quiroga, una importancia fundamental. Es el punto en el que el autor seduce al lector y logra mantenerlo en suspenso al igual que a sus personajes. Es en ese instante en donde el territorio y los animales; juegan un rol esencial, que está ligado al reconocimiento de la muerte, imperceptible antes para el que la experimenta.

Ya que la preocupación por el tema de la muerte y el morir es inherente al pensamiento y la imaginación humana, no hay misterio, por grande que sea, mayor al de la muerte, tanto por la imposibilidad de ser resuelto al tratarse de un hecho individual, íntimo e intransmisible; como por ser uno de los temas al que se le ha dedicado sin resultados concluyentes hasta ahora y quizá para siempre- mayor reflexión desde los ámbitos filosófico, médico, mitológico y literario, sólo por nombrar algunos casos.

Territorio. *Misiones* es concebida no sólo como un lugar dentro de Argentina, donde el autor pasa algunos años de su vida, y tiene contacto, no solo con la naturaleza y con el peligro que ella le ofrece, sino también como un todo, como parte de la estructura ambiente de muchos de sus cuentos. En *Misiones* se ambientan sus historias, constituyéndose en un

mundo particular, donde los personajes no sólo interactúan con la naturaleza descrita, sino que trabajan en ella, viven, gozan y mueren en sus manos. Leónidas Morales (1993) estudia con detenimiento el territorio de Misiones, en primer lugar, como una forma de comprender a los personajes que están inmersos en este espacio, ligados fuertemente a él.

Goic en *Historia de la novela Hispanoamericana* (1972) alude al fenómeno que se lleva a cabo en esa época, que le permite al hombre mediante la industrialización advertir su relación con la naturaleza y con los elementos de ella que caracterizan a Hispanoamérica: los paisajes, el hombre y su ambiente, las costumbres campesinas, etc. Jaime Alazraki en su *Relectura de Horacio Quiroga* (1996) también hace referencia a la importancia de analizar el territorio de Misiones para poder comprender la relación que hay entre el autor, su historia y sus relatos.

La muerte está fuertemente ligada a Misiones dentro de los cuentos; es el territorio que se convierte en una especie de cuna de los personajes en el último instante de sus vidas. Quiroga se obsesiona con la muerte en este mismo entorno, porque puede sentirla a diario en cada una de las actividades que realizan sus habitantes. Mediante sus relatos, el autor es capaz de dominar el miedo a la muerte mediante la reflexión y la proyección de la muerte propia, y así ejercer una soberanía sobre ella.

Otra cosa por comentar de *Misiones*, es que se constituye en el lugar donde Quiroga encuentra el escenario y los personajes de los cuentos que lo hicieron famoso. La selva misma adquiere la presencia de un lugar misterioso, amenazador, desconocido y cambiante, y es allí donde la muerte alcanza otra estética, una estética realista curiosamente representada con elementos fantásticos.

Así pues, creo que inevitablemente hay una correspondencia entre algunos pasajes de su vida y su obra, pues incluso, el viaje con el escritor Leopoldo Lugones por la selva de Brasil y estos escenarios parecieron inspirarlo en algunas de sus obras, así mismo, esta obra me fascino por las múltiples emociones que despierta, pues a pesar de que hay temas que parecen corresponder a las mismas ideas, no sigue una sola línea y nos sorprende con facetas y contrastes en cada relato; sin embargo, hay temas más recurrentes que otros, entre los principales: el amor, la naturaleza, la muerte y el terror psicológico este último punto de acuerdo a lo que investigué, lo relaciona con otro escritor del romanticismo: Edgar Allan Poe, quien significo un primer referente para el tipo de terror con el que impregna algunos de sus cuentos.

Así mismo, la literatura de Quiroga se sitúa en el posmodernismo literario, lo cual relaciono con este juego entre reflejar la realidad a través de retratar situaciones de la vida cotidiana y al mismo tiempo introducir elementos fantásticos y extraños con los que atrapa en cada una de sus historias.

Por otro lado ,se puede decir que a pesar de que la ideología quiroguiana acerca de la muerte no es filosófica, es importante reconocer en su obra, una gran habilidad retórica que le permite al autor, alejarse de todo tabú, mito y creencia ante el fenómeno de la muerte; la atención se centra entonces, en la lucha del individuo por no dejarse morir; descripciones de una dolorosa resistencia a aceptar una realidad, basada en la afirmación de la individualidad, frente al hecho de morir, que por su carácter de contingencia, cuestiona

incluso, a nuestro concepto metódico y racional sobre la vida. La inquietud creadora de Quiroga, encuentra su fluir simbólico en el tema de la muerte. Su obra narrativa explora un abanico de posibilidades, paisajes y formas expresivas, aun cuando haya sido considerado un escritor monotemático, al centrar gran parte de su obra narrativa en el problema del hombre enfrentado ante su propia muerte, absurda, sorpresiva o alucinada; lo cual permite evidenciar las distintas maneras en que ésta se puede presentar; dimensión que, en cierta medida, trasciende el plano inmediato de lo histórico y lo propiamente biográfico.

Jaime Alazraki, *Relectura de Horacio Quiroga* (1996)

Jaime Alazraki realiza una revisión de la narrativa de Horacio Quiroga centrándose principalmente en dos cuentos: “*La insolación*” y “*El hombre muerto*”. El autor explica la importancia que le da Quiroga al tema de la muerte, sobre todo al desgarramiento de la vida dentro del marco de una realidad que, para los personajes es única, sin olvidar que la muerte se produce de manera fortuita y se torna un hecho inaceptable en la vida de éstos.

Por una parte, examina el modo en que el uruguayo logra que la muerte se torne una pesadilla inesperada, lo que produce que los personajes se conviertan en luchadores, que aboquen sus actividades a una resistencia hacia la muerte y lo ejemplifica con “*El hombre muerto*”, cuyo protagonista sabe que está muriendo, pero no puede aceptarlo ni tampoco negarlo. En la antología, *¿Qué será?*, en los cuentos como son: *La venganza*, *¿Qué fue lo que pasó?*, *La imagen*. Esto pasa, en los cuentos, donde los protagonistas entran a estas pesadillas de la muerte, donde se le da un toque de fantástico a una descripción

mayoritariamente, realista que se despliega durante la acción, pues la muerte logra llegar aquí como una irrealidad que sólo puede ser concebida dentro de la narración de estos cuentos.

En este mismo eje temático, Jankélévitch define la muerte como el “instante mortal”, imperceptible e inenarrable. La única manera de lograr eternizar dicho momento es mediante el cortejo, los funerales y las conmemoraciones. En los cuentos de Horacio Quiroga, este elemento no existe. Porque el momento se eterniza por el ambiente, mediante la descripción de la naturaleza todopoderosa en su quietud. Ese instante mortal en el hombre se reproduce como un movimiento silencioso apartado de la realidad, todo el plano de la acción se encuentra en suspenso en el momento en que el instante infranqueable sucede.

En la antología, *¿Qué será?*, el cuento titulado, *¿será?*, la protagonista expira lentamente, hasta que el ritmo normal de las cosas sigue su curso como si nada hubiera sucedido. Asimismo, no existe un funeral ni un cortejo, el cuerpo queda a merced del territorio y no se sabe lo que sucede realmente con él.

Lo anterior puede ejemplificarse con las dos últimas escenas del cuento “*A la deriva*”, donde el autor describe el río Paraná y la selva que lo rodea, elementos que se mantienen intactos en el lecho de muerte de Paulino, quien ve pasar sus recuerdos rápidamente por su memoria:

El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay (Quiroga, 2016: 9).

Por otro lado, a continuación se presentan ejemplos de la antología, *¿Qué será?: La venganza*:

Entonces aquella criatura maligna pronunció estas palabras:

— Eres muy viejo para tanto dolor, además ya no soporto tus gritos. Me apuntó con su pistola y disparó, junto a mi taxi cerca de ese terreno baldío, cerca del pueblo de Mixquic.

Sentí caliente todo mi cuerpo, pero al fin el dolor había cesado, y mi última imagen fue aquella Navidad con mi esposa Sara y mi hijo Arturo.

La imagen:

La imagen que llevaba por ojos dos abismos eternos, arrugó su rostro, y surgieron de su boca las palabras "ven, acércate". Su voz parecía endemoniada, una voz bien ronca, que daba más miedo a la situación.

El hombre comenzó a moverse de la nada, y se fue acercando al cuadro, hasta que lo atravesó, y comenzó a temblar violentamente todo su cuerpo, convulsionado; fue perdiendo noción de la realidad, poco a poco, poco a poco.

En menos de unos segundos su cuerpo se había separado de su ser, y lo que antes era un hombre, se convirtió en nada.

Es decir, en estos relatos, puede observarse que el cuerpo ha quedado al cuidado de la naturaleza, pues Paulino deja de respirar en la pequeña canoa que se encuentra a la deriva por el Paraná. Y en otros cuentos de Quiroga, el primero se queda en un pueblo, viendo su

vida pasar, en el segundo, de la antología *¿Qué será?* el protagonista ve el cuadro que, siempre le había llamado la atención de aquella chica, y en unos segundos no se sabe, lo que pasó solamente que se opera una transformación.

Los personajes de Quiroga mueren repentinamente mediante un accidente y esto sucede porque el ambiente que los circunda está cargado de peligros: la selva amazónica. En estos relatos, los personajes, están en lugares que siempre están en peligro, desde una salida cotidiana, hasta en la propia casa.

En los escenarios presentados los protagonistas alcanzan a comprender en su agonía que no hay retorno en su condición, que la muerte violenta los ha tomado desprevenidos y que no han podido dar el término que pensaban tendrían sus últimos días. Por tanto, la muerte no es la esperada, aquella que le permite a la familia y al propio muerto desligarse de la hora exacta; el personaje de pronto se ve envuelto por su último instante y no puede escapar de él, entra en pánico y se llena de nostalgia ante un entorno que se mantiene impassible ante lo que sucede.

Jankélévitch también sitúa la muerte en el nivel de objeto observable, vale decir, es un suceso que se puede analizar mediante el uso de la tercera persona, es la muerte del otro. Dentro de la cuentística de Quiroga, el autor suele utilizar el plano de la tercera persona, dándonos la sensación, en algunos momentos, de estar presenciando todo a través de un narrador testigo que nos va relatando la acción. Esta característica es representada en el cuento “La cámara oscura”:

Lo miré más atentamente, y vi entonces, me di clara cuenta de que el juez tenía los segundos contados, que se moría, que en ese mismo instante se estaba muriendo. Inmóvil a los pies del catre, lo vi tantear algo en la sábana, y como si no lo hallara, hincar despacio las uñas. Lo vi abrir la boca, mover lentamente la cabeza y fijar los ojos con algún asombro en un costado del techo, y detener allí la mirada, hasta ahora fija, en el techo de cinc por la eternidad”. (Quiroga, 2017: 66).

En el cuento “La noche jamás olvidada”, de mi antología, también puede ilustrarse ese tema:

Pero repentinamente, dejó de ayudarme; sorprendida miré su rostro, la sensación que sentí al ver su tez absolutamente pálida fue inexplicable. Parecía como si ella hubiese visto la cara de la muerte.

— ¡Qué es eso! - gritó Simona.

Logré liberar mi pierna y sin mirar hacia atrás, subí despavorida las escaleras junto a ella. Al llegar al living aseguré la puerta con una vara de hierro. En ese momento legaron mi mayordomo Jaime y mi cocinera Juana.

Él dijo: — Señora, escuchamos los gritos ¡¿Qué ocurrió?!

- ¡Hay algo en el sótano! Simona es la única que lo vio- dije sin aliento, comenzamos a mirarnos todos los rostros, un silencio largo invadió el ambiente: Simona no estaba con nosotros.

“¡Qué día!:

Caminé unos pasos por la calle desierta, sin saber qué hacer, enseguida me encontré con el vigilante del barrio que refugiado en su garita trataba de encender un cigarrillo.

— Hombre, no sabe lo que acabo de ver — le dije con voz temblorosa. El vigilante no me prestó atención, por lo que seguí caminando. Dos cuadras más adelante me topé con un grupo de personas reunido en la calle, cuando me acerqué vi el coche rojo destrozado, y mi motocicleta hecha un amasijo de hierros retorcidos en la acera. Había un cuerpo inerte sobre una camilla, bañado por las luces intermitentes de la ambulancia. Me acerqué a tiempo para contemplar mi rostro ensangrentado y desfigurado, los ojos ya sin vida, antes de que uno de los paramédicos lo cubriera con una sábana.”

Aquí vemos la muerte del hombre desde fuera y podemos analizarla a nuestro antojo. Sin embargo, también podemos experimentar lo que va sintiendo el protagonista, quien hace sus reflexiones mediante el yo y esto acerca su muerte a la nuestra, tal cual como sucede con la segunda y la primera persona en la forma de describir la muerte.

Cabe mencionar que estos cambios de planos suceden sin romper la continuidad narrativa y nos permiten tener todos los ángulos posibles de la experiencia ficcionalizada de la muerte, exponiendo el tema de la muerte dentro de los cuentos de tal manera que su lucha por vencer el miedo a la muerte se hace completamente notoria al describirse. Describiendo con elocuencia y precisión aquel instante mortal tan temido por todos los hombres. Estos relatos esperan que sus protagonistas estén realizando sus actividades cotidianas para ser

envueltos en el momento último. Ellos son encontrados completamente desprevenidos y su entorno continúa exactamente igual sin que ellos puedan hacer nada al respecto.

1.2 Los animales.

A lo largo de la historia, los animales han tenido diversos roles en los distintos rituales que nos componen como sociedad: cosechas, funerales, conmemoraciones, casamientos, etc. Un ejemplo de ello es la importancia de los gatos dentro de la cultura egipcia.

Según los egipcios, los gatos eran seres que poseían dentro de su cuerpo físico parte de Bastet, la diosa felina; por lo tanto, eran muy adorados dentro de aquella sociedad, además de que eran los que naturalmente se ocupaban de los ratones que invadían los graneros de la nación. Debido a esto, su muerte era honrada y se le confería un entierro como a cualquier otro miembro de la familia. De igual manera, el que osara dañar a alguno de estos animales padecía la pena de muerte.

De este modo, podemos apreciar cómo los animales juegan un papel importante dentro de las comunidades, pues están estrechamente ligados a sus costumbres. Si bien el gato no será estudiado en esta investigación, se menciona por la simbolización que tiene pues es uno de los primeros animales, en considerarse relacionado con las divinidades, con el porvenir y con el destino del hombre, relaciones que también compartirán los animales seleccionados a continuación.

En los cuentos de Horacio Quiroga los animales están presentes de manera constante, siendo compañeros y testigos de muchas de las historias. Si bien el autor creó un libro específicamente destinado a que sus protagonistas fueron los animales de la selva¹, en otros de sus cuentos también tienen un papel relevante, sobre todo debido al ambiente de los relatos: la selva y el monte misionero.

A continuación, se presentará un breve análisis de cuentos de Quiroga, haciendo comparación de la antología, ¿qué será?, para que se vea relacionado con el término de los animales, cuál va siendo su función, etcétera. Cabe mencionar este estudio, se basará en lo que anteriormente se expuso y para complementar dicho estudio, se utilizará el *Diccionario de Símbolos* (1986) de Jean Chevalier.

Para empezar, el perro es uno de los animales que está más asociado a la muerte. Desde la antigüedad ha cumplido la función de *psicopompo* del hombre, vale decir, su guía en el momento de la muerte, aquel que lo lleva hacia la otra vida después de haber sido su compañero fiel en ésta (Chevalier, 1986: 816).

En Latinoamérica no es diferente. Su función continúa siendo la de guía hacia la otra vida e, incluso, muere con su amo, de manera literal y otras de manera simbólica como sucede con los protagonistas de “*La insolación*”. Sin embargo, en Latinoamérica se le agrega el vínculo estrecho con lo invisible. Los animales son capaces de percibir lo que nuestros ojos no pueden ver, pueden unir el mundo de los muertos al de los vivos y percibir ambos en la tierra: “Sirve también de intercesor entre este mundo y el otro, de trujamán a los vivos para interrogar a los muertos y a las divinidades soberanas” (Chevalier, 1986: 816).

¹ Quiroga, H. (1978). *Cuentos de la selva*. Chile. Andrés Bello.

En “La insolación”, lo invisible aparece ante sus ojos transformado en figuras conocidas: Míster Jones y el caballo del peón. Su comunicación con la muerte les permite percibir que pronto quedarán sin amo y, aunque tratan de impedir el suceso a toda costa, saben que la muerte no juega, que es inevitable. En el momento en que aparece la muerte representada en la figura de Míster Jones, los perros saben lo que sucederá con ellos si aquella silueta llega al encuentro de su amo.

La forma en que experimentan la muerte es lo que produce que ésta se realice de manera simbólica. Saben de las miserias, del hambre y de las múltiples dificultades que deberán afrontar; por lo tanto, se niegan a dejarlo solo, lo acompañan en todo momento y velan por él. Cuando debe andar por la chacra, los perros vigilan sigilosos su entorno: “Pasaron el resto de la tarde al lado de su patrón, sombríos y alerta. Al menor ruido gruñían, sin saber a dónde. Míster Jones sentíase satisfecho de su guardiana inquietud” (Quiroga, 2016: 63).

Saber lo que sucederá produce en ellos el desasosiego del futuro que vendrá, muy poco provechoso, para ellos: “Los perros, entonces, sintieron más el próximo cambio de dueño, y solos, al pie de la casa dormida, comenzaron a llorar. Lloraban en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos, como masticados, en un aullido de desolación” (Quiroga, 2016: 64). Cabe mencionar que los perros también le temen a la muerte y es sabido, entre la gente de campo, que cuando un grupo de perros aúlla con desolación su pena durante la noche es porque la muerte ya ha sido vista y se sabe inevitable.

Por otro lado, en mi antología, en el cuento titulado “Perros: ¿compañía o pesadilla?”, la situación de la protagonista es diferente que la del cuento de Quiroga, donde los perros acompañados pues, aquí los perros serán el motivo de la fobia que la protagonista les tiene, sin saber el por qué, desde que ella recuerda, siempre les ha tenido esa fobia, una vez, que ella logra saber, el por qué, adopta y empieza un nuevo comienzo, haciendo que afronte la situación, dejando al lector a su imaginación de la duda de si podrá hacerlo, o eso mismo le provocará su propia muerte.

En ambos cuentos; se puede decir que el hombre ha confiado en el perro su seguridad, hasta su propia vida, lo ha establecido como su compañero, más leal y cercano del reino animal, y es la compasión hacia la muerte del otro lo que podemos percibir en ellos. Los perros sufren la pérdida no sólo de una vida tranquila sino también de la persona en quien confían, a quien acompañan y conocen profundamente: “Mientras se lavaba, los perros se acercaron y le olfatearon las botas, meneando con pereza el rabo. Como las fieras amaestradas, los perros conocen el menor indicio de borrachera en su amo. Se alejaron con lentitud a echarse de nuevo al sol” (Quiroga, 2016: 65). Tratan de evitarlo, pero no pueden y en ese momento podemos advertir su total aflicción: “Hundieron el rabo y corriendo de costado aullando” (Quiroga, 2016: 66).

Así mismo, Rodríguez Monegal analiza el rol de los animales en los cuentos “La insolación” y “El alambre de púas”, y concluye que tanto los perros como los caballos, dados sus vínculos con el hombre y con los otros animales que los rodean (en este caso las vacas y el toro Barigüí), son sometidos al horror de la muerte: “Como impar intuición hace vivir Quiroga a los perros del primer cuento y a los caballos del segundo una experiencia que los sobrepasa (la muerte, la destrucción) pero que los afecta como testigos apasionados o como

puros espectadores. Sin una comprensión amorosa esta hazaña resultaría imposible” (1961: 152).

Quiroga imprime al momento supremo, de la muerte, la crueldad y el horror que impulsan a los espectadores hacia el abismo. Sin un vínculo compasivo, como plantea Rodríguez, la lucha contra la muerte o el horror hacia el suceso no serían posibles. Este es un aspecto relevante en la escritura de Quiroga.

Es así como al caballo también se le confiere la función de psicopompo, sobre todo por estar asociado a “las tinieblas del mundo *ctónico*² del que surge, galopando como la sangre en las venas, desde las entrañas de la tierra o los abismos del mar” (Chevalier, 1986: 218). Conocedor del otro mundo, el caballo también cumple papeles en ritos chamánicos.

De modo que, en el análisis de “El alambre de púas” los caballos son los narradores de la historia. Nos relatan su escape del potrero donde viven y su aventura por el monte hasta encontrarse con el toro *Barigüí*, “el que siempre pasa”.

En la sucesión de hechos que conforman la historia podemos apreciar el vínculo que tiene este animal con el hombre. Al igual que el perro, cumple una función en la vida diaria de quienes habitan el territorio: transporte, compañía, trabajo.

Los caballos se comportan de manera leal con el hombre y lo defienden cuando las vacas hablan mal de él: “El caballo, por mayor intimidad de trato, es sensiblemente más afecto al hombre que la vaca. De ahí que el malacara y el alazán tuvieran fe en el alambrado que iba a construir el hombre” (Quiroga, 2016: 85). Y mientras mayor es el cuidado que el hombre le confiere mayor es la lealtad: “– El hombre dijo que no iba a pasar – se atrevió, sin

² En la mitología designa a los espíritus del inframundo.

embargo, el malacara, que, en razón de ser el favorito de su amo, comía más maíz, por lo cual sentíase más creyente” (Quiroga, 2016: 87).

Se puede ver que la personalidad dócil del caballo domesticado le permite mantenerse en curiosa calma durante todo el relato y, finalmente, sentir el peso del último instante del toro, quien decide continuar con sus hazañas sin pensar en las consecuencias. El caballo admira la audacia del animal, aquella que le permite traspasar todos los alambrados y cercas con que el hombre busca impedir los destrozos en sus plantaciones. Pero no todo termina bien para Barigüí. El hombre cansado de sus proezas construye un alambrado que, en apariencia, no contendrá a ningún animal. El caballo lo mira y lo examina:

Pero su decepción, al llegar, fue grande. En los postes nuevos – oscuros y torcidos – había dos simples alambres de púas, gruesos tal vez, pero únicamente dos [...] Cerca, los postes, sí, indudablemente: tres metros. Pero en cambio aquellos dos modestos alambres en reemplazo de los cinco hilos del cercado desilusionaron a los caballos (Quiroga, 2016: 86).

Finalmente concluye que dos hileras de alambres no son suficientes para detener al enorme toro, aunque sí, repite constantemente, los alambres se ven muy estirados. El hombre ha estirado los alambres para lograr que el toro en cuanto cruce en medio de ellos se lastime de forma tal que no pueda volver a ponerse en pie, justamente es lo que sucede:

Con el impulso de su pesado trote, el enorme toro bajó la cabeza y hundió los cuernos entre los dos hilos. Se oyó un agudo gemido de alambre – un estridente chirrido que se propagó de poste a poste hasta el fondo, y el toro pasó. Pero de su lomo y de su vientre, profundamente abiertos, canalizados desde el pecho a la grupa, llovían ríos de sangre. La bestia, presa de estupor, quedó un instante atónito y temblando. Se alejó luego al paso, inundando el pasto de sangre, hasta que a los veinte metros se echó, con un ronco suspiro (Quiroga, 2016: 88).

Los caballos presencian la muerte del toro, ven cómo su audacia lo ha condenado. Al igual como sucede con el hombre en aquellas latitudes, las decisiones deben tomarse con responsabilidad y siempre considerando en cuenta el territorio circundante. Los animales también se impactan con lo que sucede. Su cercanía con el hombre los hacía suponer lo peor, pero la audacia del toro impedía que pudieran detenerlo. La muerte afecta tanto, al protagonista como a todos los que deben presenciarla. Es el suceso extremo para toda vida y quien vive apasionadamente, llevando las cosas al límite, siempre se codeará con la muerte (Jankélévitch, 2002: 216).

El caballo, por tanto, también acompañará al hombre con aquella calma que tanto lo caracteriza cuando su curiosidad está latente. Por ejemplo, en el cuento “El hombre muerto” el caballo se convierte en el psicopompo de su amo y lo acompaña en vida hacia lo que será su último momento. La compañía que ejerce el caballo ante el moribundo permite que éste se dé cuenta de que su vida está expirando a pesar de su lucha: “¡Muerto! ¿Pero es posible? ¿No es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púas?” (Quiroga, 2017: 47).

En este cuento el hombre se aferra a todo lo que lo rodea en su último instante como una forma de lucha ante lo inevitable. Se sabe muerto, sabe que él es el único que está cambiando en todo lo que alcanza su vista y, por tanto, su malacara cifra todo lo que dejará: “¡Y ése es su bananal; y ése es su malacara, ¡resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve perfectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está

echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca” (Quiroga, 2017: 48).

Al caballo, en algunas culturas, puede dársele una valoración negativa debido al vínculo que tiene con el símbolo ctónico que lo convierte en una “kratofanía infernal, una manifestación de la muerte” (Chevalier, 1986: 211). En el cuento es ineludible el papel que juega en el proceso final del hombre y, sobre todo, en aquel ínfimo instante. El caballo, en aquella escena, permite saber exactamente el momento en que el hombre ha cesado de respirar y cómo todo sigue su curso normal, que es lo que más altera al protagonista en sus últimos momentos:

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal como desearía. Ante las voces que ya están próximas - ¡Piapiá! – vuelve un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido. Que ya ha descansado (Quiroga, 2017: 49).

En la antología veremos en el cuento titulado: un caballo especial, donde en la historia de los protagonistas Pablo y Luis, sin saber qué es lo que esconde un simple caballito de juguete, pareciera ver que es de verdad, pues los sigue, hasta que empiezan a pasar cosas inimaginables, haciendo que el significado tanto de acompañamiento como de algo demoníaco, se esconde.

Capítulo II: La muerte: desde lo familiar a lo infame.

Para comenzar este capítulo, es importante mencionar que el tema de la muerte ha sido estudiado por diversos autores, entre otros motivos, como una forma de enfrentar, gobernar y derrotar el miedo a esta experiencia extrema. Analizaremos a continuación el comportamiento de la sociedad frente a la muerte en determinados momentos históricos.

Por ejemplo, Vladimir Jankélévitch en *La muerte* (2002) realiza un análisis que se enfoca en reunir los distintos momentos del proceso de muerte: el instante previo, la muerte misma y el momento después. De igual manera el autor entrega una definición del concepto de muerte, denominándola “instante mortal”.

También, Maurice Blanchot en *El espacio literario* (1969), desarrolla un capítulo denominado “*La muerte posible*”, donde describe la tarea del escritor respecto del tema de la muerte y concluye que él es quien escribe para poder gobernarla y tener una muerte apacible.

Considero que la muerte es uno de aquellos hechos inevitables y la idea de ella ha sufrido numerosos cambios dentro de la evolución de los seres humanos. No siempre se le ha temido, pero continuamente ha producido angustia en todos nosotros. Ya que aún no sabemos qué es lo que sucede en el instante en que un cuerpo cesa de vivir, sólo hemos sido capaces de cubrirlo con el terror al más allá y al infierno. La muerte, por tanto, es un evento muy difícil de definir, sin pensar en todos los ámbitos que se ven involucrados: biológico, médico, social, religioso, familiar, entre otros. Es por esto que, dentro de las diferentes culturas, se enfrenta de manera similar, pero con ritos y costumbres propias, otorgándole un carácter muy particular. La experiencia de la muerte representa lo extremo y este extremo no sólo se produce en la vida cotidiana sino también dentro de la literatura. Es lo que rompe la

relación con el mundo y lleva a sus protagonistas a experimentar la soledad, el último instante.

A continuación, expondré brevemente las ideas fundamentales de los autores previamente mencionados para aproximarnos a algunas ideas sobre la muerte dentro de los marcos de la historia y la literatura.

Vladimir Jankélévitch, le otorga a la muerte el poder de convertirse en un objeto. Esto se ve en el momento en que el hombre muere, el otro, el espectador, puede convertir esa muerte en un objeto observable, en una tercera persona que analizamos, transformándola en una muerte abstracta y anónima (2002: 35).

En la actualidad, el hombre ha preferido enfrentar el tema de la muerte desde fuera, percibiéndola como algo externo a la propia historia, un suceso siempre lejano. Pero el extremo se acerca cada vez más al otro en la medida en que ya no es tercera persona, sino segunda: el padre, la madre, el amigo; ese “tú”, nos ha identificado, ya no es un ser irreconocible y la separación con nuestra propia muerte pierde sus límites.

Este acercamiento podemos tenerlo, cuando mueren nuestros padres, y nos damos cuenta, de que la próxima muerte será la de mi propia generación, mi propia muerte en la escala evolutiva. Finalmente, la muerte ha tocado el yo y éste ya no es un yo, se transforma en un no ser y es simplemente una conjugación defectiva, sin pasado ni presente, pues el que ha muerto ya no es, por lo tanto, no puede decir “yo muerto”.

Así la muerte juega al escondite con la consciencia: donde yo estoy, la muerte no está; y cuando la muerte llega, entonces, soy yo el que no está allí. En tanto que

soy, la muerte está por venir; y cuando la muerte llega, aquí y ahora, ya no queda nadie (Jankélévitch, 2002: 42).

Esto quiere decir que la vida se transforma en una carrera vertiginosa que el hombre ha aprendido a ejecutar. Desde tiempos inmemoriales ha estado en contacto con la muerte y ésta se ha convertido en un tema que tarde o temprano se debe tocar. Sin embargo, el suceso preciso, cuando la muerte finalmente llega, es un instante que el hombre no ha podido describir. El paso del ser al no ser se ha vuelto un momento solitario. Es la gran y última experiencia que Jankélévitch ha descrito en su libro *La muerte*, como el “instante mortal”, ese instante imperceptible en donde el tiempo se demora y se eterniza, en donde no existe un antes ni un después, “el instante mortal que es el último e irremplazable” (2002: 230).

Al momento de llegar al límite entre la vida y la muerte, cada ser vivo se encuentra sólo. Podemos acompañar al moribundo hasta el penúltimo instante, pero no se puede evitar que sea él quien se enfrente, sin armas y sin compañía, al último momento personalmente.

Es por esto que la sociedad prefiere dejar de lado la muerte, suceso incontrolable que rompe con toda continuidad. No estamos hechos para despedidas, la fobia al adiós y la timidez al postrero instante son muestra de ello (2002: 209).

En resumen, se puede decir que, la muerte a lo largo de la historia ha ido acompañada de una serie de rituales que es preciso llevar a cabo para hacernos cargo tanto del cuerpo como de la situación que se experimenta. Esto sucede, principalmente, porque no estamos preparados para afrontar la muerte del otro, la que produce que nuestra muerte sea un acto natural y, por tanto, real.

Jankélévitch, nos dice que la muerte, al ser un tema tabú para las sociedades, impide al sobreviviente hablar sobre ella. Quien ha tenido la muerte cerca, es incapaz de hablar respecto de ella. No sólo por las emociones e interrogantes que este hecho produce en un sobreviviente, sino también porque, socialmente, no es bien recibido. Sin embargo, el autor se refiere también a aquellos inescrupulosos que buscan llamar la atención hablando de un tema que no dominan y al que, sin duda, también temen: “Cuanto menos saben los hombres, más hablan” (2002: 210).

Por otro lado, tenemos a Maurice Blanchot en *El espacio literario* (1969) que reflexiona en torno a la narrativa de Kafka, para determinar de qué forma el artista, y sobre todo el poeta, asume la tarea de establecer una conciencia sobre la desgracia, por lo que, mediante la escritura, debe ser capaz de dominar sus miedos para establecer una soberanía sobre los temas que dentro de la sociedad no son comprensibles o a los cuales se les teme. “El arte es ante todo la conciencia de la desgracia, no su compensación” (1969: 68), por tanto, el escritor es el encargado de dominar dichos temas y tiene la responsabilidad de encauzarlos de la mejor manera para que también el resto de la sociedad pueda comprenderlos.

La literatura es una forma de expresión que está ligada fuertemente a la experiencia del autor. Blanchot, describe al escritor como un ente que se enfrenta a una página en blanco, la que le proporciona tanto una posibilidad como una imposibilidad, en donde todo puede resultar tan familiar, pero a la vez ser tan extraño e incomprensible. Lograr experimentar la muerte en vida sólo es posible mediante la escritura; escribir sería, por tanto, la forma de plasmar el mundo y percibir lo que no podemos.

De este modo, cuando escribía los cuentos que conforman mi antología, entendí concebía que la escritura, como la posibilidad de liberar espíritus ocultos en el hombre. Cuanto más se escribe sobre un tema particular, pareciera que más se le domina, y hablar de la muerte dentro de la narrativa es precisamente una estrategia para conjurar energías que sean capaces de romper la relación que se tiene con el mundo cotidiano. En el instante en que ya no haya una continuidad con el universo, cuando el poeta sea realmente dueño de sí ante lo extremo, se ejercerá una soberanía sobre la muerte.

Esta relación de soberanía se crea en la medida en que uno como autor se centra en su obra y abandona la relación de continuidad con lo ordinario, mediante la palabra, se logra conjurar la gran alteridad, el instante mortal, y reunir coraje para afrontarla, sin temor a terminar finalmente con su propia vida, una cita de Blanchot que dice: “hay en el suicido una notable intención de suprimir el futuro como misterio de la muerte [...] hacerla superficial” (Blanchot, 1969: 94).

En definitiva, la muerte es uno de los procesos más temidos dentro de la experiencia humana, que ha sufrido innumerables transformaciones a medida que la sociedad ha ido otorgándole el peso de lo otro por excelencia, aquello lejano que no concierne realmente a la persona que aún es.

Como como escritor, se tiene la tarea de crear un vínculo con la desgracia para ser capaz de gobernarla. El artista, tiene el poder de desprenderse completamente, del miedo al buscar las respuestas del temor, que infunde la muerte hoy en día, tratando fielmente de describir el paso del instante en el hombre, aquel que sólo puede ser experimentado en una única oportunidad y sin ninguna compañía.

A continuación, expondré lo que se expuso con estos autores, y lo relacionaré con mis cuentos.

En mis cuentos, se puede ver que el protagonista huye de la muerte, pero al mismo tiempo sabe que constantemente estará esperándolo, sobre todo en aquella naturaleza ominosa que lo rodea. La negación que tienen los protagonistas, con el tema de la muerte pareciera centrarse precisamente en aquella muerte cercana, que incluye la propia.

En los relatos que se ven en la antología, se espera que los protagonistas estén realizando sus actividades cotidianas, antes de ser envueltos en el momento último. Ellos son encontrados completamente desprevenidos y su entorno continúa exactamente igual sin que ellos puedan hacer nada al respecto. Solamente, me centré en poder describir y el final, donde cada personaje, experimenta la muerte de diferentes formas. En ese sentido, mis cuentos, representan la cotidianidad, actual por ejemplo, la situación de violencia que hoy vivimos, un poco más enfocado a las mujeres, y las desapariciones de personas, donde muchas veces, podemos viajar, pero no sabemos si regresaremos y si regresamos, en qué circunstancias.

Conclusiones

Con esta investigación y comparación de ambas antologías. En primer, Horacio Quiroga, en sus cuentos, el tema de la muerte se convirtió en eje principal y sus personajes cumplieron con el destino, del hombre que ha irrumpido en la naturaleza ominosa que espera preservarse.

Son muchos autores los que reflexionan en torno a la muerte y otros tantos que buscan dilucidar la forma de vida, que Quiroga experimentó, conocer sus más íntimos deseos, sus miedos y por, sobre todo, no sólo su trabajo literario sino también al hombre en las múltiples facetas: agricultor, carpintero, colono, cazador, alfarero, partero, etc.

Como se mencionó anteriormente, la muerte se describió como el instante mortal, el cual, Horacio Quiroga tomó como paradigma de su cuentística, pues es el momento en que se alcanza, el clímax de la historia y está íntimamente relacionado con el ambiente que circunda la escena.

En ambas antologías de los cuentos que pudimos comparar, es que su propia experiencia es la que le permite describir la muerte cargada de angustia, pero despojada de toda sordidez. Los personajes, sufren la agonía de morir en circunstancias que no pueden controlar.

El autor, al utilizar su experiencia para darle vida al instante infranqueable, describe la muerte ligada al entorno que la sustenta, en el caso de mis relatos, también pasa esto. Y ver que el ambiente que se describe, es más que un escenario; éste se transforma en un personaje que juega un rol importante al momento de la tragedia.

El ambiente, de los cuentos, en la narrativa del autor, en una macrofigura: Misiones. Será este territorio y no otro el que permitirá, que la historia se desarrolle, y que los

protagonistas experimenten la muerte de manera imprevisible y certera. Las características que se le confieren a Misiones, (la presencia de una naturaleza ominosa, un territorio que compone tanta selva, monte y río y los trabajos propios que se desarrollan en ella) le permiten al autor crear personajes cuya existencia es inseparable de dicho ambiente. En los ambientes de la antología, *¿Qué será?*, va desde los días cotidianos hasta, cuando podemos ir de vacaciones a algún lugar, sin saber, cuál será nuestro destino.

En la narrativa de Quiroga, y en mi antología, los animales tienen un rol importante en el instante mortal, pues no sólo son capaces de predecir la muerte, sino también de observarla y acompañar al moribundo hasta el último momento.

Muchas veces, podemos pensar que un cuento o cualquier otra creación, puede ser bonita o fea, cuando en realidad, se debe apreciar cada cosa, que lo construye. Cuando se analiza, ya sea un cuento, poema, novela, etcétera, veremos que todo es como una orquesta, donde, tiene su por qué. Siempre me inquietó saber el por qué este autor aborda tantos temas, desde su propia experiencia, porque en este sentido, uno como escritor, desde lo que podemos ver o vivimos cotidianamente, para poder crear escritos, que dejarán algún tipo de esencia, que siempre tendrá una mezcla de ficción, con la realidad económica, social, cultural y política, del contexto del escritor. Lo cual, nos permitirá, plasmar una literatura de nuestro momento, que dejará entre ver una realidad adornada de ficción, para una fácil y amena lectura, de los lectores.

Finalmente, podemos concluir que tanto las obras como el estilo de escritura que ha legado Horacio Quiroga han sido sumamente importantes no sólo desde el punto de vista literario, sino como un documento social que refleja la forma de vida, las preocupaciones y la cotidianidad de muchos países latinoamericanos, pues el universo del autor te atrapa y te

lleva de la mano por los distintos escenarios de la época, especialmente los panoramas más sombríos, la falsedad, el dolor, la desesperación y la apariencia.

Por último, considero relevante que se siga creando literatura del estilo de Horacio Quiroga, pues a través de la lectura de estas obras ampliamos nuestra percepción: ya que, nos volvemos más críticos, empáticos y consientes del impacto que tienen las emociones en nuestras relaciones humanas, pues leer este autor va más allá de entretenimiento o una experiencia artística porque el autor nos exige ser inquisitivos, cuestionar nuestras propias vivencias y las reglas sociales impuestas.

Bibliografía.

Arango, M. (1982). **Correlación en el tema de la muerte, el ambiente y la estructura narrativa en "A la deriva" y " El hombre muerto"**. Centro virtual cervantes.

Ardila, M. (2013). **Pasión selva y muerte en la obra de Horacio Quiroga y José Eustasio Rivera**. Maestría. Pontificia Universidad Javeriana.

Cantero, R. (2016). **La imagen de la mujer en Cuentos de amor, de locura y de muerte de Horacio Quiroga ("Una estación de amor" y "El solitario")**. Tesis de licenciatura. Universitat Autònoma de Barcelona.

Chevalier, J.(1995). **Diccionario de Símbolos**. Barcelona. Herder.

Collard, A. (1995). **La temática de Horacio Quiroga**. UNAM. México, UNAM.

Fernández, G. (2007), **Horacio Quiroga cuentos**, UNAM, México. Recuperado el día 24 de abril de 2020, de: <http://www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf/horacio-quiroya.pdf>

García, A. (2000). **Horacio Quiroga en Los Abismos del Horror**. México, UNAM.

Jankélévitch, V. (2009). **La muerte**. (2.ª, ed.)Pre-textos.

Jasso, A. (2010). **El epíteto en cuatro cuentos de Horacio Quiroga**. UNAM, México.

Martínez, E. (1995). **El hermano Quiroga: cartas de Quiroga a Martínez Estrada**. Fundación Biblioteca Ayacucho. Venezuela.

Morales, C. (2010). **La muerte intangible: del fantasma natural al fantasma tecnológico en los relatos de Horacio Quiroga.** México, UNAM.

Niego, R. (2016). **Muerte, mujer y barbarie en la narrativa amorosa de Horacio Quiroga.** Tesis de licenciatura. Universidad católica del Ecuador.

Noyola, T. (2018). **LA RECURRENCIA ESTRUCTURAL EN LOS RELATOS DEL LIBRO CUENTOS DE LA SELVA DE HORACIO QUIROGA: ANÁLISIS COMPARATIVO.** Tesis de licenciatura. BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA.

Olea, R. (2008). **HORACIO QUIROGA Y EL CUENTO FANTÁSTICO.** Nueva Revista de Filología Hispánica. México.

Quiroga, H. (1978). *Cuentos de la selva.* (1ª ed.) Chile. Andrés Bello.

Quiroga, H. (2014). **Los desterrados.** MESTAS EDICIONES.

Quiroga, H. (2016) **Cuentos de amor, locura y muerte.** Estado de México. Leyenda, S.A.

Rodriguez, L. (2005). **Naturaleza y degradación en ocho cuentos de Horacio Quiroga.** México, UNAM

Ramón I. (2019). **ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA MUERTE REPRESENTADA EN LOS CUENTOS EL SOLITARIO, A LA DERIVA, LA MIEL SILVESTRE Y YAGUAÍ, DE HORACIO QUIROGA.** Tesis de licenciatura. UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR.

Sosnowski, S. (1996). **LECTURA CRITICA DE LA LITERATURA AMERICANA: la formación de las culturas nacionales.** Venezuela. Biblioteca Ayacucho.

Torres, Arturo. (2014). **Acercamiento a Horacio Quiroga.** UNAM, México.

Weeter, D. (1952). **Los cuentos de Horacio Quiroga**. México, UNAM.

Zúñiga N. (2005). **La frontera escatológica: vida y muerte en "El hombre muerto" de Horacio Quiroga**. Texas.